

DIARIO

Decano de la Prensa de Cuba

DE LA MARINA

Sección dominical
Literatura-Aménidades
Reportajes-Colaboraciones
exclusivas de Europa y América

Habana 9 de Julio, 1939

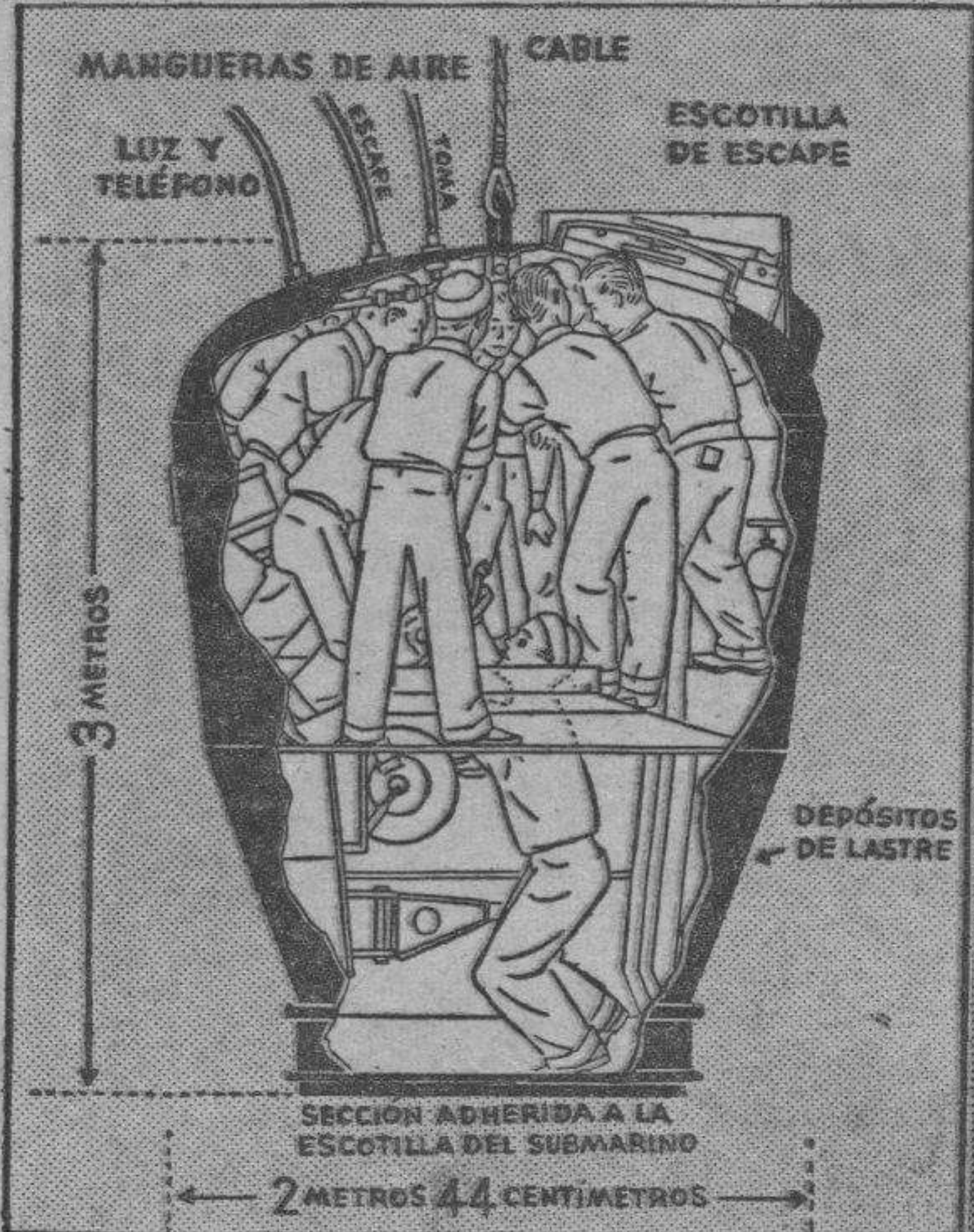
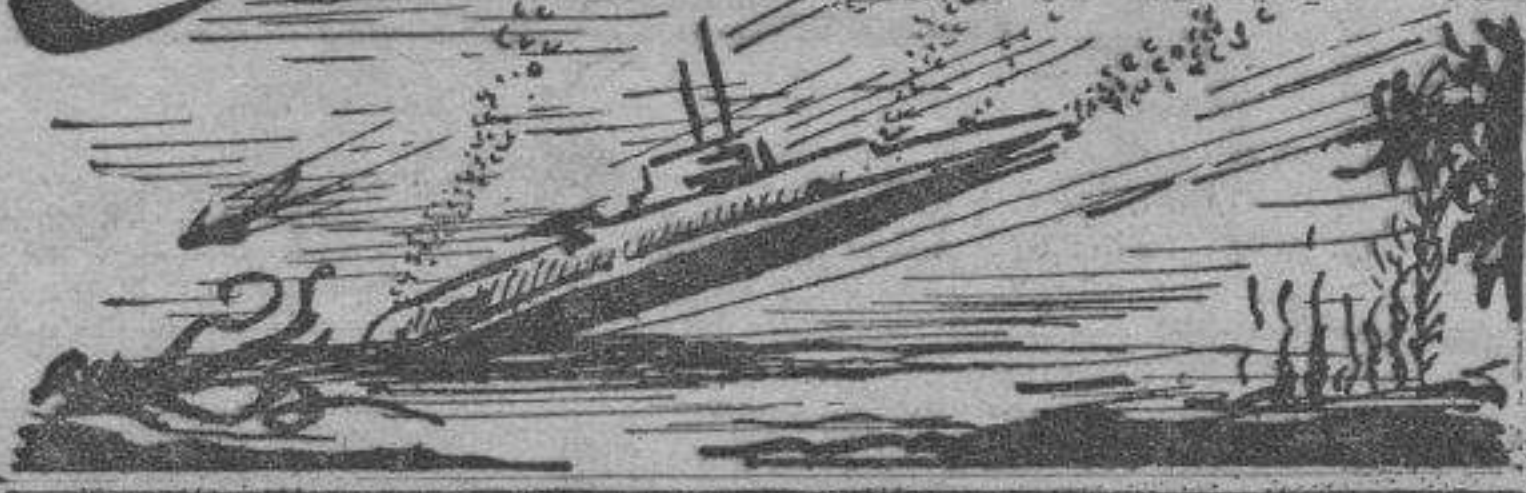


ANTE
rgicas
ARIA
UECA
12 a.
m.

ON

Z
s.

EL SUBMARINO Y SUS TRAGEDIAS



Dos submarinos americanos en la bahía de la Habana

Representación gráfica del admirable salvamento de parte de la tripulación del submarino estadounidense «Squalus», por medio de la campana neumática. Trátase de un aparato de acero en forma de pera, que pesa unas diez toneladas aproximadamente y cuya tripulación consiste en uno o dos hombres. Llévasele a bordo de un barco, para echarlo al agua en el punto que convenga y hacerlo descender hasta el submarino sumergido, por medio de motores que van en el interior de la campana y que, impelidos por aire comprimido, van arrollando un cable —de la campana, pero que no aparece en el grabado— cuya extremidad inferior sujetaron previamente los buzos a la cubierta del submarino. La campana consta de dos compartimientos, de arriba abajo. El superior hace veces de cámara, en que van los tripulantes, y el inferior se halla abierto hacia el mar. El segundo de dichos compartimientos lleva alrededor del borde una banda de caucho que viene a quedar encima de la escotilla de escape del submarino, y una vez hecho el ajuste en debida forma, el aire comprimido procedente del barco portador de la campana desaloja el agua del compartimiento inferior de ésta y la presión del agua que rodea a la campana la mantiene firmemente adherida a la cubierta del submarino. En el momento preciso los tripulantes de la campana abren la escotilla que pone en comunicación sus dos compartimientos y que se hallaba cerrada herméticamente, acto continuo se abre la escotilla de escape del submarino y los tripulantes de éste penetran en la campana, la cual asciende después a la superficie del mar por sí sola, siendo, como lo es, un aparato esencialmente flotante.



de el punto de vista de la tripulación, que la longitud, pues, en efecto, los tripulantes sólo pueden andar delante o hacia atrás, y apenas dar dos o tres pasos hacia un lado u otro. Debajo de la cámara y del conjunto de máquinas se hallan los compartimientos destinados a las baterías, la bodega y cuartos auxiliares de máquinas.

COMO oportunamente anunció últimamente la prensa mundial, en el lapso de poco tiempo fueron a pique tres submarinos, en aguas americanas, inglesas y de Indochina, respectivamente, dando por resultado la muerte de veintiséis hombres en el primer caso y de noventa, poco más o menos, en el segundo y se sesenta y tres en el tercero. El principio en que se basa el submarino es bien sencillo, y para expresarlo permítasenos establecer cierto parangón. Si un individuo que se halle nadando logra conservar llenos de aire sus pulmones, puede mantenerse a flote sin gran esfuerzo; pero de penetrarle el agua en los pulmones adquiere su cuerpo un peso tal, que lo lleva al fondo. Cosa análoga ocurre con el barco sumergible.

la superficie, se desaloja por medio de aire comprimido el agua que sirvió de lastre, y vuelve el submarino a quedar a flote.

En el hundimiento del aludido submarino norteamericano, el «Squalus», la causa parece haber sido que una válvula de admisión del aire quedó abierta, por lo que hubo el agua de penetrar al cuarto de máquinas. Y en lo que respecta al «Thetis», el submarino británico, no se tiene aún idea precisa de cuál haya sido la causa del hundimiento.

Un submarino es un buque de doble casco. El interior, o casco de «presión», adopta en lo posible la forma de un cilindro (cuyo diámetro decrece a ambos extremos) y es lo bastante fuerte para resistir la presión inmensa del agua salada (cosa de 40 kilos por 64 milímetros cuadrados a la profundidad de 61 metros), al sumergirse el buque. Alrededor de ese fortísimo casco interior va el liviano casco exterior, y los compartimientos que median entre uno y otro son los depósitos de combustible y de lastre, el último de los cuales se llena de agua o se vacía por medio de grandes válvulas que la tripulación gobierna.

En los submarinos no hay la serie de cubiertas que se ve en otros buques, y el espacio comprendido dentro del casco de «presión» no tiene más dimensión, des-

El interior de un submarino es un mundo de maderas, relucientes piezas metálicas, mamparos pintados de blanco, y deslumbrantes lámparas eléctricas, todo ello en reducidísimo espacio: un hacinamiento de válvulas, registros y tubos, en el que los tripulantes no tienen más misión que la de mover ora un conmutador, ora otro, abrir y cerrar válvulas y conservar los registros.

Austero y sombrío por fuera el submarino moderno, por dentro todo es blancura y brillo; pero lo que tiene de blanco y reluciente lo tiene de incómodo. Rara y llena de peligros es la vida que viven en él los tripulantes, quienes tienen que estar especialmente acostumbrados por la circunstancia de hallarse en continuo roce con la muerte. Fuerza es ante todo que tengan presente a cada instante los horrores que amenazan a todo submarino, consistentes en el cloro que las baterías emanan, y en el fuego azul producido por la rápida combustión del hidrógeno que algunas baterías pueden despedir y que se va acumulando en el interior del buque sin ser advertido hasta que se inflama.

Cuando el submarino se sumerge, tienen los tripulantes que manejar alrededor de cien válvulas y quinientas «estaciones», y el no hacer cada cosa con precisión absoluta puede traer consigo espantoso desastre. De manera que la navegación submarina requiere una coordinación de los esfuerzos de cada uno de los miembros de la oficialidad y marinería del buque.

REFORMAS DE LOS SUBMARINOS

Aun cuando son muchas las reformas que en los últimos años se han introducido en los submarinos, todavía siguen estando éstos rodeados de peligros. Se ha inventado ya la manera de purificar el aire en el interior e impedir el exceso de humedad. Se ha ideado también mayor comodidad a los tripulantes. Se han realizado notables adelantos en los torpedos, dándoles mayor radio de acción, mayor velocidad y mayor precisión en su trayectoria. Ha mejorado notablemente también el sistema de comunicaciones de los submarinos, ya por medio del radio, ya por la transmisión

Descripción de la portada: Los peligros de los submarinos, además de los que tienen como buques de inmersión, son de índole común. Pero casi todos sus percances ocurren en las pruebas. El de la portada fué arrojado a una playa inglesa, casi partido. Arriba otra «campana» neumática, en la cual se está trabajando ahora, de mayor capacidad que la usada en el rescate del «Squalus».

del sonido a través del agua. Y están ahora pro-
 de artificios que les permiten darse cuenta de
 que se vayan aproximando a ellos, trazar
 que tales barcos siguen y dispararles torpe-
 verlos siquiera.

Hay algo que no ha cambiado, y es el hecho
 que vaya acompañándolos siempre, dispuesta a ce-
 en ellos, la tragedia. Queda, pues, en pie el pro-
 de qué hacer para apartar de los submarinos el
 fantasma de la muerte.

EL TIEMPO DE LA MUERTE SUBACUÁTICA
 Las cosas estriba la solución del problema: en
 de los tripulantes de un submarino que
 ido a pique, y en la seguridad de los buzos
 que constituyen el vital lazo de unión entre
 tripulantes y el mundo exterior. Mucho se ha lo-
 ra, pues para lo primero se cuenta con la cam-
 neumática de salvamento, que tan brillante pa-
 pampañó en relación con la tragedia del «Squa-
 y se cuenta asimismo con el llamado «Pulmón
 Momen»: y para lo segundo con una mezcla de
 y oxígeno.

La campana de salvamento débese mayormente al
 de navío Allen R. McCann, de la armada nor-
 americana, y viene a ser, en realidad, una campana
 reformada. Trátase de un aparato de acero
 de pera, que pesa unas diez toneladas apro-
 y cuya tripulación consiste en uno o dos
 personas. Lévese a bordo de un barco, para echarlo
 en el punto que convenga y hacerlo descender
 el submarino sumergido, por medio de moto-
 que van en el interior de la campana y que, impe-
 por aire comprimido, van arrollando un cable
 extremidad superior pende de la parte de abajo
 la campana, y la inferior ha sido sujeta previa-
 por los buzos a la cubierta del submarino. Hay
 cable en la parte superior, que sirve para el re-
 que de la campana.

La campana consta de dos compartimientos, de
 a bajo. El superior hace veces de cámara, en
 van los tripulantes, y el inferior se halla abierto
 al mar. El segundo de dichos compartimientos
 alrededor del borde una banda de caucho que
 a quedar encima de la escotilla de escape del
 submarino, y una vez hecho el ajuste en debida forma,
 aire comprimido procedente del barco portador de
 campana desaloja el agua del compartimiento infe-
 de ésta y la presión del agua que rodea a la cam-
 mantiene firmemente adherida a la cubierta del
 submarino.

En el momento preciso los tripulantes de la cam-
 que están en la cámara de ésta y la cual se halla
 normal presión atmosférica, abren la escotilla
 pone en comunicación sus dos compartimientos y
 se hallaba cerrada herméticamente; acto continuo
 abren a la cubierta del submarino y le abren la
 escotilla de escape, lo cual permite que siete u ocho de
 buzos penetren en la cámara de la campana.
 vez seguros en ella, se deja entrar nuevamente el
 en el compartimiento inferior de la campana y,
 pegada ya del submarino, asciende por sí sola a la
 superficie, si bien sus tripulantes van graduando la
 velocidad del ascenso.

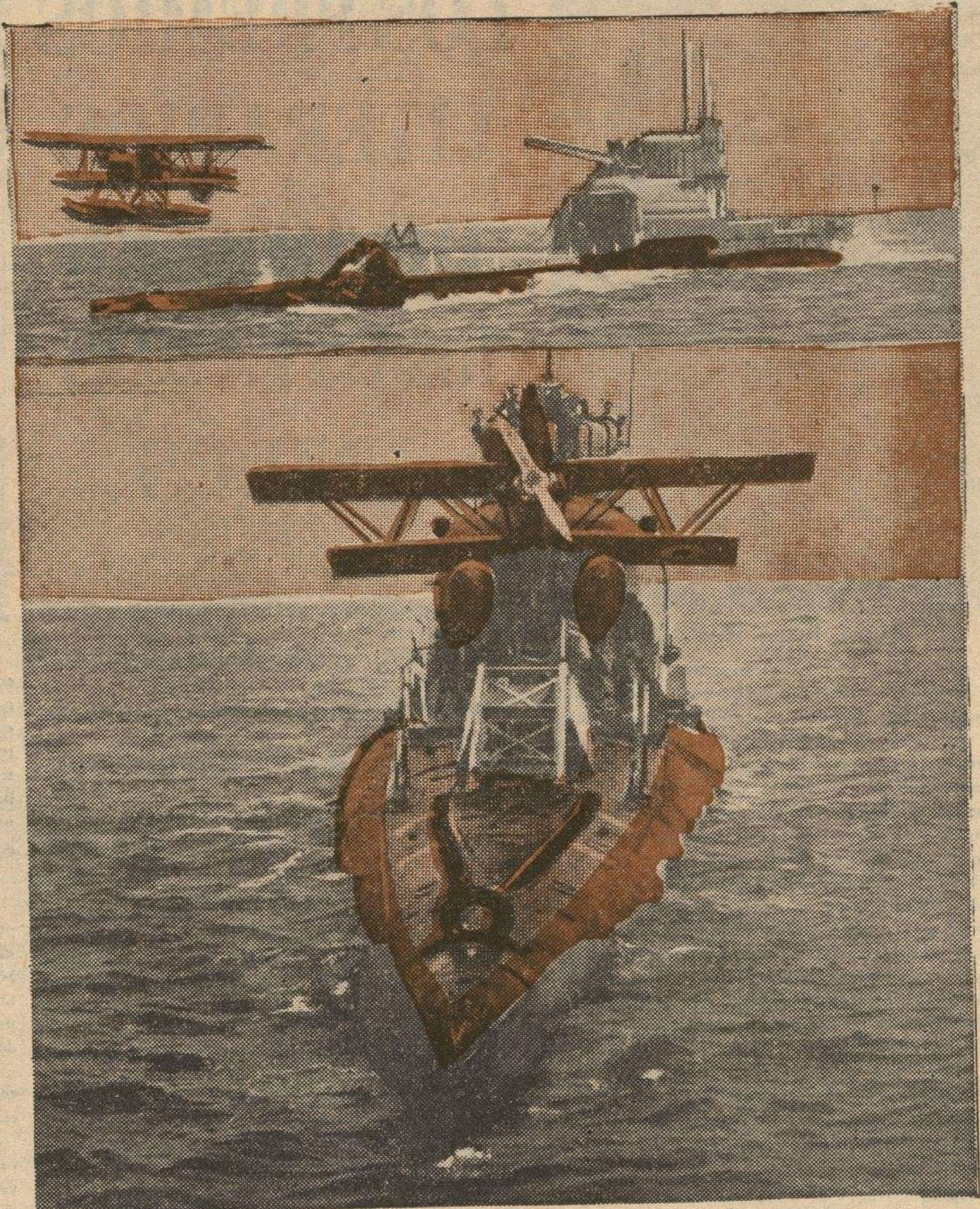
El «Pulmón de Momen» fué inventado por el te-
 de navío C. B. Momen, también de la armada
 americana, y puede ser manejado por los tripulan-
 mismos del submarino, sin ayuda exterior. Ofre-
 en cierto modo el aspecto de una careta de gas,
 dotado de una bolsa de caucho que puede ser in-
 con oxígeno, de la provisión que de éste lleva el
 submarino, y se le sujeta al pecho por medio de unas
 tiras.

Al ocurrir el naufragio puede cada uno de los tri-
 pantes del submarino, de no haberse inundado ya
 los compartimientos de éste, inflar de oxígeno su
 «Pulmón de Momen», y salir del buque naufrago
 cualquiera de las escotillas dispuestas para el ca-
 Primeramente se echa al agua una boya que sube a la
 superficie y de la cual pende un cabo liviano que lle-
 a un nudo a ciertos intervalos, y luego ascienden los
 buzos uno a uno, deteniéndose en cada nudo del
 para irse adaptando a los cambios de presión.

LOS BUZOS SON INDISPENSABLES

Para el salvamento efectuado por medio de la cam-
 neumática es indispensable el empleo de buzos.
 son los que tienen que conectar en la cubierta del
 submarino el cable que pende de la parte inferior de la
 campana, a fin de que pueda ésta descender hacia él,
 que hay que dejar conectado, aun después de as-
 cender la campana, para tantos descensos cuantos ten-
 que hacer. Para el efecto ha habido que proveer a
 los buzos de los elementos necesarios que les permitan
 permanecer largo tiempo a grandes profundidades y
 luego ascender a la superficie del mar sin sufrimiento
 alguno. Y en ello ha desempeñado importantísi-
 mo papel cierta mezcla de helio y oxígeno, en substi-
 tución del aire natural que antes se empleaba.

Antes de 1868 se suponía que el helio existía so-
 lamente en el Sol; pero, habiéndosele descubierto en la
 tierra, se le está aprovechando ya en diversos usos,



El arma del submarino, es también varia, como la que representa un buque de superficie. Este es el M-2 inglés; está probando sus aviones y la inmersión.

entre los cuales figuran la inflación de aerostatos y
 zeppelines, y el darles a los buzos la seguridad debida.
 El helio, la mayor parte del cual se halla en los Esta-
 dos Unidos, es un producto derivado del gas natural,
 el cual está relacionado con los yacimientos de petró-
 leo. Bajo enorme presión es posible comprimir 5 me-
 tros cúbicos de helio de manera que vengan a ocupar
 el espacio de 42 milímetros cúbicos tan sólo, en un
 cilindro de acero, para su envío a cualquier parte.

El caso de los buzos ofrece un magnífico ejemplo
 de empleo que se le da al helio en relación con los hom-
 bres que se hallen bajo presiones inmensas. Como
 miembros que son de la especie humana, los buzos es-
 tán naturalmente adaptados a las circunstancias en
 que se desarrolla la vida al nivel del mar, en que la
 presión atmosférica es aproximadamente de 1 kilo por
 centímetro cuadrado. Al descender a diversas profun-
 didades del mar, la presión del agua que los rodea tie-
 ne que ser compensada con la presión de la mezcla
 gaseosa contenida en el interior de la escafandra. A la
 profundidad de 60 metros los buzos tienen que sopor-
 tar la presión de 40 kilos por cada 6 centímetros cua-
 drados. Y pueden soportarla en el caso de que se ha-
 lle equitativamente distribuida, y como quiera que la
 distribución se verifica casi instantáneamente en los
 líquidos y los tejidos húmedos, el hecho de que el
 cuerpo conste casi enteramente de agua resuelve este
 problema, verificándose esa distribución por los tej-
 idos y los pulmones.

Pero hay otro problema, constituido por el nitró-

geno contenido en el aire, del cual forma parte en cosa
 de un 79 por ciento. El nitrógeno es un gas inerte,
 razón por la cual no se esparce prontamente por la san-
 gre y los tejidos y tiende a acumularse en burbujas
 que obran a manera de coágulos cuando llegan a los
 vasos capilares. Cuando la presión es alta la sangre y
 los tejidos se hallan cargados de anhídrido carbónico una botella
 de champaña. De manera análoga también, la sangre
 de los buzos entra en eferescencia si ascienden rápi-
 damente a la superficie, y de ahí la necesidad de ir re-
 duciendo gradualmente la presión.

Era evidente que para resolver el problema par-
 cialmente había que eliminar el nitrógeno. En el curso
 de larga serie de experimentos se descubrió que quan-
 do los seres humanos respiraban una mezcla de oxí-
 geno y helio bajo presiones inmensas, era muchísimo
 menos el tiempo requerido para la reducción gradual
 de la presión, y que podían con su auxilio los buzos
 descender a mayores profundidades y permanecer más
 tiempo debajo del agua.

Con la sola excepción del hidrógeno, el helio es el
 más liviano de los gases, y se esparce rápidamente por
 la sangre y los tejidos. En condiciones normales no se
 combina con otros elementos y no es ni explosivo ni
 inflamante siquiera. Se han valido de él con éxito los
 buzos aun a 28 metros de profundidad en el mar, y
 a él se debe el éxito que se obtuvo en el salvamento de
 parte de la tripulación del «Squalus» con la campana
 neumática.



Marjorie Kinnan Rawlings

ESTE año, los premios Pulitzer de literatura norteamericana han sido concedidos a autores de probado renombre. En la novela, Marjorie Kinnan Rawlings se ha llevado la palma con la obra «The Yearling» que durante varios meses ocupó el primer puesto entre los lectores de la nación, y a la cual la mayoría de los críticos habían reconocido como una de las mejores creaciones del año pasado. El premio para biografías ha sido otorgado a Carl Van Doren por su magnífico volumen sobre la vida de Benjamín Franklin. El de poesía le tocó a John Gould Fletcher por una antología de selecciones; el de drama a Robert E. Sherwood por su obra «Abraham Lincoln en Illinois»; el de historia a Frank Luther Mott por la publicación del segundo y tercer tomos de su «Historia de las Revistas Americanas».

FICCIÓN DE LA TIERRA AMERICANA

Al premiar la novela de la señora Rawlings el Jurado no hizo otra cosa que confirmar el veredicto de aprobación general del público. La autora es nativa de la región sureña y la sexta entre los novelistas de dicho sector que han recibido tan codiciado honor. Describe en su obra la vida de una comarca poco conocida en el norte de los Estados Unidos, la Florida que un día fué sueño de Juan Ponce de León y que hoy tiene mucho de tragedia y de dolor en sus humildes habitantes, que Marjorie Kinnan Rawlings conoce en la intimidad por haber vivido junto a ellos muchos años.

Más consagrado que sus colegas de premio, Carl Van Doren posee en su gran medida la distinción de ser, a la vez, hombre docto y poular entre el público de su país. En el 1936 nos reveló en su obra «Tres Mundos», la labor prolífica de sus 50 años, y cómo a través de ellos llegó a transformarse en uno de los críticos y biográficos más talentosos del mundo. Nacido en el seno de una familia culta, pronto se dedicó a las letras después de cursar los estudios universitarios de rigor. Nueva York fué el campo donde hizo los primeros ejercicios de su vocación. Cuenta entre sus obras de más peso «La Novela Americana», «Novelistas Contemporáneos de los Estados Unidos», «La Novela Ola», y una biografía de Swift. De su última obra sobre Franklin ha dicho el crítico Crane Brinton que concuerda más con la tradición del género en la literatura inglesa que cualquiera de las obras similares que aparecen bajo las influencias variadas de Freud, Strachey, Guedalla y los demolidores marxistas.

Frank Luther Mott, el historiador premiado, procede del mediano oeste y actualmente ocupa el cargo de

LOS PREMIOS LITERARIOS DE 1939 EN los ESTADOS UNIDOS

La novela yanqui sigue en el apogeo.—Carl Van Doren,

biógrafo maestro, agota el tema de Franklin.—Robert

E. Sherwood, dramaturgo de profundas raíces, descubre

a un Lincoln fascinador.—Fletcher, poeta de la revolu-

ción de los «imaginistas».

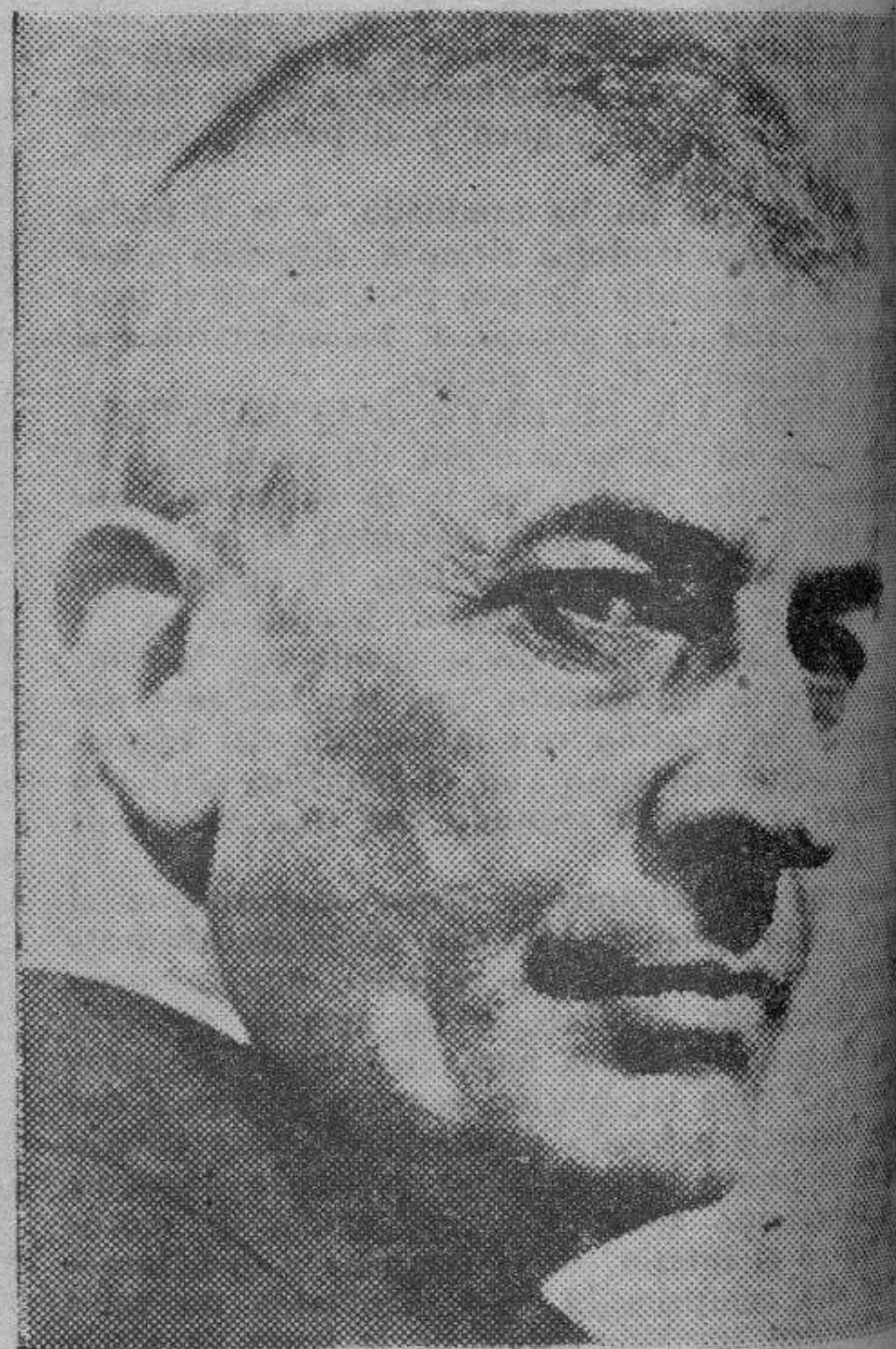
catedrático de periodismo en la Universidad de Iowa. Es un escritor eficiente y versadísimo en materia de historia norteamericana. Para el cultivo de esta difícil rama de la literatura posee la vasta cultura, el claro juicio y la ecuanimidad que hacen del verdadero historiador mentor a la vez que artista.

Los dos volúmenes que le acaban de premiar cubren el período de 1850 a 1884. El anterior de la serie historiaba el tema hasta el año 1850. Nueve años ha tardado en aparecer esta segunda parte de tan monumental obra, que viene a llenar una necesidad vital en la bibliografía angloamericana.

A diferencia de Van Doren, pocos competidores podía tener Mott en su género, si exceptuamos al Profe-



Robert E. Sherwood



Carl Van Doren.

sor Charles Beard y a su distinguida esposa Mary, quienes aún no han abandonado el trono que ocupan entre los historiadores de valía de la nación. Van Doren ha tenido este año un biógrafo formidable que rivalizaba; el profesor Philip C. Jessup, cuya brillante vida de Elihu Root es una de las contribuciones más cultas que se ha realizado en el mundo de las letras norteamericanas en 1938.

REALISMO DRAMÁTICO Y LIRICA PURA

Del genio dramático de Robert E. Sherwood podemos tener pruebas inequívocas en el 1927 con «El camino de Roma». Contaba entonces sólo 27 años de edad y ya se perfilaba como una de las grandes breras de nuestro tiempo. En el 1936 recibió su primer premio Pulitzer por la encantadora obra «La Dama del Idiota», que todavía está haciendo sensación.

Con el estudio de la vida joven de Abraham Lincoln que le han premiado este año, queda establecida definitivamente su reputación de maestro del teatro. Raymond Massey, el distinguido actor que tanto prestigio le ha dado a la obra en la escena neoyorquina, no hubiese podido encarnar un Lincoln tan significativo sin las admirables interpretaciones de Sherwood, poeta a la vez que dramaturgo y en ambas capacidades delicado y profundo como pocos.

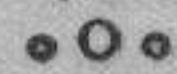
La lírica elevada a un alto nivel por el dominio técnico es lo que ha premiado el Jurado Pulitzer con la obra de John Gould Fletcher reconociéndolo como el poeta más sobresaliente de 1939.

Fletcher ha viajado mucho por Europa y su formación literaria, naturalmente, no es genuinamente americana. Recién graduado de la Universidad de Harvard se trasladó al Viejo Mundo y allí conoció a Pound. Bajo la influencia de éste y de Amy Lowell se dedicó al género poético uniéndose al grupo de los «imaginistas» que entonces encabezaba la Lowell como astro de primera magnitud. Después retornó a los Estados Unidos, en busca de «esa resistencia fundamental que tan esencialísima es para el artista».

Sus «Poemas Selectos» premiados son un índice importante de lo que representó en su tiempo el movimiento «imaginista» en el desarrollo de la moderna lírica norteamericana.

Pasatiempos

Por poco que un hombre tenga de religioso dentro de la irreverencia en las mujeres.



La diferencia entre el billar y las bolitas está en la edad de los que juegan.

A L emprender la publicación de esta nueva serie de «Viejas Postales» sobre «Estrenos y Debuts Notables» ocurridos en los teatros habaneros desde el año 1900, hasta casi nuestros días, la Srta. Carmen Cuní nos participa, y tenemos el mayor gusto en hacerlo constar, que en esta interesante búsqueda y acopio de programas y carteles teatrales, la han ayudado con desinterés y actividad—desde el año 1910, en lo adelante—la Srta. Alicia y señoras Pura y Fela Ichaso, hermanas de nuestro compañero en la prensa, el talentoso escritor y acertado crítico teatral del DIARIO DE LA MARINA, Francisco Ichaso. Los aplausos y elogios que al público puedan merecerles estos apuntes, compártanse, pues, entre la señorita Cuní y sus entusiastas colaboradoras y amigas, las citadas hermanas Ichaso. También es digno de un recuerdo por su aporte a esta labor, tan interesante como curiosa, el ilustre periodista, ya fallecido, Don León Ichaso, padre de las dichas hermanas; y que como jefe de redacción del DIARIO DE LA MARINA, en los días en que se llevaba a cabo este trabajo, facilitó los medios para que sus entusiastas iniciadoras lo pudieran realizar, en los archivos del periódico, con la mayor comodidad y eficacia.

Los estrenos y debuts notables que, desde hoy y durante varias semanas, vamos a selecciones y dar a luz, con su correspondiente comentario los que lo merezcan, pertenecen a la colaboración anterior al año 1910. Y una buena noticia para los que se han interesado en estas lecturas: la señorita Carmen Cuní nos ha proporcionado, además, una nueva y crecida colección de programas teatrales pertenecientes a los años de 1887 al 95, en los que daremos a conocer, en su oportunidad, datos muy interesantes acerca de la vida teatral de aquella época, tan movida y fecunda en novedades artísticas. Así, pues, «viejos amigos»: preparaos a rejuveneceros... Empezamos hoy con el día:

16 de Septiembre de 1900

Albisu.—A las 9: Función corrida. Presentación de la niña violinista Adelina Domingo.

Programas

- I «La Chavala», por Esperanza Pastor.
- II Adantino y capricho vasco de Sarasate, por la niña Adelina Domingo.
- III «María de los Angeles».
- IV «Gran Trémolo», de Bethoven, y «Petteras», de Sarasate, por Adelina Domingo. Pianista acompañante: su hermana Lucía.
- V «Nicha Pancha», zarzuela, por Amada Morales.

Día 22

Albisu.—A las 8: Función corrida, segunda presentación de la niña violinista Adelina Domingo.

Martí.—A las 8.30: Séptima función por la compañía cómico-popular, que dirige Enrique Castillo: «La Pasionaria», de L. Cano, por Caridad Castillo.

Día 27

Payret.—A las 8.30: Función a beneficio del escritor Ignacio Sarachaga, que se encuentra enfermo.

Programa

Primera parte:

- I Sinfonía por la Banda de Policía.
- II El sainete de Vicente Pardo y el maestro Palau «Los efectos de un duelo», por Susana Mellado, la Gutiérrez y los señores Ramírez Castillo, Simancas, Nuza, etc. Director de orquesta: Marín Varona.
- III Concierto por la niña violinista Domingo.
- IV Recitación de «La palmada», poesía del poeta portorriqueño Zeno Gandía, por el Sr. Aniceto Valdivia (Conde Kostia).

Segunda parte:

- I Sinfonía por la Banda de Policía.
- II Concierto por la violinista la niña Domingo.



- III La zarzuela en un acto libro de D. Joaquín Robreño, música de Anckerman. «La Trancada del Gallego», por Consuelo Novoa, Inés Velazco, Regino López, Sarzo, Robreño, Colombo, etc.
- IV La zarzuela «La Chavala», por la compañía de Albisu. (Luneta 1.50).

Con Ignacio Saracha, como uno de los más aplaudidos autores vernáculos de aquella época, sucedió un caso especialísimo. Espíritu selecto que pasó su juventud en París, tratándose con lo más chic y distinguido de aquella villa, apenas de vuelta a su ciudad natal de la Habana, readquirió la característica jovialidad criolla de que hacía alarde en su conversación y en sus actos. Hablando era tanto o más chispeante e ingenioso que escribiendo. Ignacio era un criollo de pura sangre, que vivía en perpetua broma. Ni en sus últimos días, presa de una dolorosa y molesta enfermedad, perdió su buen humor. En los desafíos de los clubs Habana y Almendares, a los que no faltaba nunca, como fanático entusiasta que era del base ball, se le veía siempre en animada conversación y guasa con los famosos jugadores de aquellos tiempos Arcaño, Delabat, Maciá, Hernández, etc., y lo mismo en los más distinguidos salones, rodeado de jóvenes de ambos sexos, que se regocijaban con sus originales y chispeantes salidas. Su capo-laboro en el teatro criollo fué su graciosísimo sainete «Un baile por fuera», que estrenó la compañía de bufos cubanos de Salas, en Albisu, allá por los años 82, 83, etc., y que se cita como un modelo del género. En la prensa escribía también a menudo, siempre en sentido cómico, sobresaliendo una sección que publicaba en «La Habana Elegante», de Miyares, su íntimo amigo; y que firmaba con el pseudónimo que se hizo popular de «Ignotus». Sarachaga escribió además del sainete «Un baile por fuera» otras obras del género: «El baile por dentro», «La Padovani en Guanabacoa», «Pepito Melaza», etc.; pero al igual de esos autores a quienes persigue un éxito absorbente, se quedó en el autor de una sola obra: Ricardo de la Vega fué siempre «el autor» de «La verbena de la paloma», Zorrilla, del «Tenorio» y García Gutiérrez, de «El Trovador». Ignacio Sarachaga, por su caballerosidad e irresistible simpatía personal, pertenecía a la serie de Arturo Mora (El Chato), Carlos Noreña, Pablito Guillot, Carlito Maciá, Sotico y otros ejemplares de aquella época.

Octubre 3

Albisu.—A las 8: Beneficio y despedida de la niña Adelina Domingo.

Día 30

Payret.—A las 8: Función corrida. «La Banda de

Trompetas»; debut de la troupe Manon, familia de músicos y gimnastas cómicos. Cantos, bailes y equilibrios; y «La Viejecita».

Día 31

Payret.—A las 8: Estreno de la zarzuela original de Granés y Nieto, «Carmela», parodia de la ópera «Carmen», por Remedios Rodríguez y estreno de la pantomima «Uncle Yank», por la troupe Manon.

Noviembre 24

Sociedad del Vedado.—A las 8: La comedia en un acto y en prosa original de Vital Aza, titulada «Tiquis-Miquis».

Repartos

- Micaela Caridad Alonso
- Asunción Amelia Solberg
- Petra María Luisa Rodríguez
- Bonifacio Alfonso Guillot
- Aquilino Jorge Benítez

La comedia en un acto de Vital Aza y Ramos Carrión: «De tiros largos».

Reparto:

- Elvira Amelia Chaple
- Manuela Carmen Alfonso
- Don Benito Sr. Mariano Ortega
- Pedro Manuel Codina

Día 28

Lara.—A las 8: Estreno de la zarzuela de los hermanos Robreño y Anckerman: «Toros y Gallos».

Diciembre 4

Payret.—A las 8: Función corrida «Los africanistas», «Cható Margau»; y debut del transformista colombino, con las comedias: «Una escena parisién» y «El Dorado».

Día 12

Payret.—A las 8: «La Gran Vía», «Camaleonte» y variedades por Colombino. Variedades por la troupe Manon.

Albisu.—A las 8: Debut de la soprano cubana Julia P. Villate, con «La Tempestad».

Día 18

Payret.—A las 8: Debut de la compañía Roncorone con el drama «Fedora», por Evangelina Adans.

Viernes 22 de Febrero de 1901

Alhambra.—Segunda tanda.—Se estrenó con extraordinario éxito el sainete lírico en tres cuadros, libro de F. Villoch, música del maestro M. Mauri, titulado: «El Castillo de Atarés».

Repartos

- El Juez Sr. Ramallal
- Vigilante Sr. Sobola
- La Estremeña Matilde Corona
- Un Gallego Pirola
- Micaela, (mulata) Lola Vincens
- Una Señorita Carmen Beltrán
- Pepe Sarzo
- La Novia Esperanza
- El Novio Ramírez
- El Padre Castillo
- La Madre Inés Velazco
- Sirope Pirola
- John Abadia
- Besito Feliú
- Paseante Abadia

Excepto Feliú—que ha sobrevivido para cuidar el monumento del Maine—todos los demás intérpretes han fallecido. No cabe duda que contribuyó en buena parte al éxito extraordinario de la obra, la palpitante actualidad del asunto. Desde hacía tiempo no se hablaba en la Habana más que de Mr. Pitcher y su famosa sentencia: «Ten dollars or ten days» en «El Castillo de Atarés», «nuestra Bastilla» de entonces, como decía uno de los personajes en el segundo cuadro. Pirola—José López—llegaba al pináculo de lo cómico en los dos papeles que interpretaba: el gallego cargador de una agencia de mudanzas y el borra-

Brighton

un pueblo sin hombres

En el Canadá existe una región donde los representantes del sexo masculino no son personas gratas

HACE justamente veinte años tuvo lugar un acontecimiento increíble. Gran número de mujeres huyeron de los hombres, abandonaron sus hogares y su patria para ir a fundar en pleno desierto un pueblo propio, un pueblo que levantaron con su único esfuerzo en medio de las inmensas praderas del Canadá. Tal prodigio no tiene precedentes en la historia. Está visto que los tiempos modernos nos presentan ejemplos de iniciativas inconcebibles en otras épocas. Ninguna ideología religiosa ni política indujo, sin embargo, a esas mujeres a fundar su pueblo. Emancipadas y libres, han creado un Estado femenino que puede bastarse a sí mismo. Sus gustos y sus ideas son allí la única ley.

Esas mujeres pertenecieron en un tiempo a la tribu de los indios. Pueblos, de México, la cual—según expresaban los viejos guerreros—parecía estar maldita por los dioses, pues nacían muy escasos varones, a pesar de contar ya con veinte mujeres para cada hombre. Eran en vano las ofrendas y las súplicas dirigidas a esos mismos dioses. Estos no se apiadaban y continuaban inundando la tribu de criaturas del sexo femenino. El despecho instaba entonces a los indios a mostrarse exigentes y despiadados para con sus compañeras. Ellas labraban la tierra, preparaban sus comidas, fabricaban sus vestimentas y cuidaban de los niños, en tanto los hombres las contemplaban fumando, sin hacer nada.

Esas indias, dotadas de una singular inteligencia y amor al estudio, sabían disponer, sin embargo, de tiempo para cultivar su espíritu. Muchas cursaron estudios en la Universidad de Texas y

volvieron con sus diplomas de licenciadas y aún de doctoras en medicina. Los hombres, reconociendo en ellas cualidades excepcionales para el estudio,

las dejaban hacer, pero sin pensar por eso ni remotamente en considerarles ningún derecho dentro de la tribu.

Llegó, empero, un momento en que las mujeres, sabiéndose superiores, empezaron a soñar con gozar de la misma libertad que los hombres. Los tiranos no advirtieron que, al permitirles instruirse, les procuraban el arma que necesitaban para emanciparse. No era posible que ellas se resignaran a seguir haciendo el papel de simples sirvientas luego de haberse pasado en la ciudad varios años estudiando y después de haber obtenido su diploma.

Y un buen día, cuando los jefes de la tribu se reunieron para tributar un homenaje a una

cho callejero que, terminada su escena, en la corte, ante el Juez, recitaba esta décima:

Viene un rico y se emborracha
como cualquier guarapeta,
pero suelta la peseta
y se libra de la racha.
Un yanqui se va de hacha,
hace una barbaridad.
se emborracha de verdad,
y al fin sale absuelto el tío...
¡Y yo con más albedrío
tengo menos libertad!

Y hacía mutis cantando «La Marsellesa».

«Allons enfant de la Patrie!...»

Piroló no pudo representar esta obra más que unas cuantas noches, pues habiéndosele recrudecido la afección hepática que padecía, tuvo que embarcarse para España, por prescripción de sus médicos facultativos, doctores Rayneri y Fortún; entrando a ocupar su puesto su hermano Regino López, que dicho se está obtuvo los mismos aplausos que aquel, sin que en lo más mínimo se menoscabase el éxito que ya había alcanzado el sainete. Fué también esta obra en la que el actor Arturo Ramírez, que ya se había destacado interpretando un «memo», en la zarzuelita de Lauriano del Monte «Las Crianderas», acabó de agarrar en el público en ese papel, consolidando su éxito y quedando ya consagrado como el actor que hasta entonces había caracterizado mejor ese tipo, por lo que en lo sucesivo se le llamó «el bobo de Alhambra».

Cierta vez fuimos a una Secretaría de despacho en el período del Presidente Mendieta, a gestionar un



Mujeres de Brighton, con sus trajes llamativos; personajes en este extraño relato de rebelión

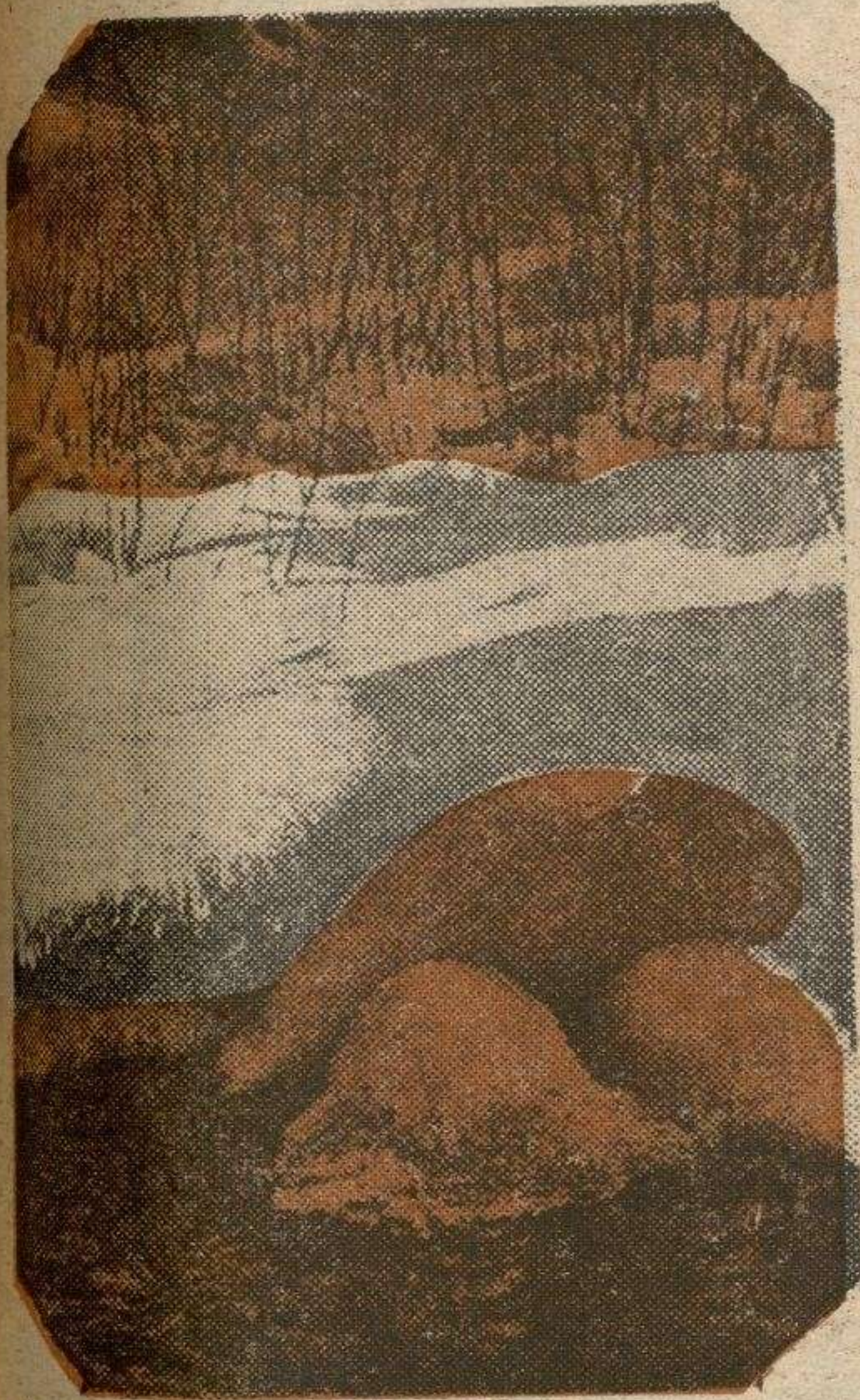
«asunto de teatro»; y el señor Secretario—de lo más inabordable, según la opinión—nos sorprendió recitándonos de memoria versos de una de las escenas más destacadas de «El Castillo de Atarés»; suponemos que vería la obra en su época de estudiante—treinta largos años atrás—y también suponemos el gusto con que recordaría aquel su risueño período estudiantil... La obra se puso sesenta noches seguidas, a lleno completo. Con el líquido que produjo, ascendente a algunos miles de pesos, se saldaron los últimos créditos de la reedificación del teatro, que como ya dijimos otra vez, comenzó el año 1900. «El Castillo de Atarés» puede decirse que fué el trampolín sobre el que

dió la empresa de «Alhambra» su prodigioso salto hacia la fortuna. Se estrenó en la obra una rumba que se hizo popular, y se estuvo cantando mucho tiempo.

Los «descoloridos» de entonces no la habrán olvidado; y acaso muchas veces, con esa inconciencia de recuerdo, la silbarán sin darse cuenta:

«Ahí viene el Chan-cha
de la policía;
¡no saques el amarillo
que el palo tiene jutía!»

(Continuará)



Paisaje característico de la región canadiense, donde ocurrieron los extraordinarios sucesos.

con encantadora sensibilidad. En la actualidad cuenta Brighton con más de cien casas.

Esa pequeña colonia se compone actualmente de doscientas cincuenta mujeres de las tribus Pueblos y Rinneh. Ninguna ley impide acoger a mujeres de otras tribus, ni siquiera a mujeres blancas. Dos de éstas están ya con ellas.

A veces se ve llegar de la lejanía una mujer a caballo, que trae cargada en al espalda a una criatura. Lleva consigo, en un atadito, cuanto posee—por lo general, muy poca cosa.— Tal oscura heroína de un drama a veces trágico viene a pedir asilo. Desamparada, no sabiendo a dónde ir, se entera que allá, en el norte un buen número de mujeres se han agrupado para vivir por sí solas. Se le destina una ocupación que esté en consonancia con sus gustos y aptitudes. La de más edad suele ser la que hace las veces de jefa. Ella administra el pueblo y las llanuras adyacentes. Las leyes de esas mujeres están fundadas en consideraciones puramente humanas.

Todas las que habitan Brighton gozan de las mismas comodidades y de iguales derechos. En el pueblo no faltan chiquillos: son los que han llevado las madres desdichadas que buscaron allí refugio. Y como las primeras pobladoras recibieron esmerada educación, no les faltan a los niños buenas maestras. Los que pertenecen al sexo masculino son enviados a sus respectivas tribus cuando llega a la edad de cinco años. En cuanto a las niñas, quedan en la comunidad, donde se les enseña aquello que gusten y se les destina al trabajo que ellas prefieran. El pueblo cuenta con una magnífica biblioteca, en donde pueden saciar su sed de saber cuantas han buscado allí paz, serenidad y olvido.

Rodean al pueblo extensas tierras de cultivo donde crece el trigo y el maíz. Hay también hermosos jardines que cada vez avanzan más sobre las tierras incultas. No sólo abundan las frutas y las legumbres, sino que, asimismo, cuenta la comunidad con rebaños de ovejas y manadas de renos. Las pobladoras, amazonas intrépidas, suelen realizar excursiones de caza, internándose en la inmensa llanura o en los sombríos bosques. Cada una va perfectamente armada. Y por cierto que cobran excelentes piezas, de las cuales aprovechan, no sólo la carne comestible, sino también las pieles. Tienen una granja modelo en donde crían toda suerte de aves y de pájaros de colores extraños, cuyas plumas les sirven luego de ornamento. También crían pájaros exóticos que venden para los jardines de aclimatación de Estados Unidos.

Esas mujeres tejen, bordan y fabrican toda clase de hermosos bibelots. Mientras trabajan entonan viejas canciones indias con notas graves y nostálgicas. Algunas, en el tiempo dedicado al descanso, tocan diversos instrumentos musicales. Todos los meses llegan al pueblo delegados de diversas tribus, que adquieren gran parte del trabajo de esas mujeres. Los objetos de arte van directamente a Nueva York, donde se los compran a precio de oro.



Una mujer de Brigtohn, con su niño.

Las pobladoras de Brighton no guardan ningún rencor a los hombres por no haberlas preferido a otras mujeres. A ellas no les espanta la soltería, puesto que en su comunidad no carecen de nada. Sobre la gran ruta del norte que lleva hacia los lagos se abre una puerta... Las mujeres castigadas por la suerte pueden llamar a ella en la seguridad de que les será permitido el ingreso a la comunidad.

Esta admite visitantes masculinos, siempre que se trate de parientes o amigos de alguna de las que allí están radicadas. Pero nunca se les deja estar más de uno o dos días a lo sumo. Algunas se han casado, pero por esa misma razón debieron abandonar el pueblo. Las mujeres de Brighton, que están satisfechas de haber escapado a la esclavitud, no se hallan dispuestas a hacer ninguna concesión. Día a día sus tierras de labranza se extienden más y la comunidad progresa a pasos tan acelerados, que ha provocado ya la envidia de ciertas tribus que viven en la holganza y la indigencia. Los jefes de las mismas han hecho cuanto estuvo de su parte por disuadirlos de seguir adelante. Pero ellas han declarado unánimemente que prefieren perder la vida antes que la libertad. Y perseveran con nuevos bríos en su admirable obra.

Pensamientos

LA pobreza a muchos genios en flor.

Hay muchas honras que se deben a que fué poco lo que se ofreció.

El timón es una cosa insignificante y sin embargo es lo que da rumbo al barco.

Nunca juzgues a una persona por sus maneras para con sus superiores; júzgales por sus maneras para con sus inferiores.

Si un solo dice lo que piensa no será un gran hablador.

La diferencia entre gracia e insolencia está en la fuerza de los puños del que lo dice.

La mujer cree que su derecho consiste en gozar de todo lo que tiene, más los derechos de que disfruta el hombre.

Sin duda lo más caro para el marido es su mujer, después de los vestidos que ella compra.

Es más fácil para la mujer hablar sobre cualquier tema que callarse. Todos los hombres creen que con el matrimo-

Por DIOGENES

nio su vida ha comenzado. Sólo después se dan cuenta de que fué entonces cuando terminó.

Es demasiada cara la fama que se compra con el honor.

Muchos hombres se hicieron ricos con sólo hacer lo contrario de lo que le aconsejaron sus amigos.

Sí; hay que tomar las cosas como vienen; pero es mejor salir a buscarlas.

La belleza es peor que el licor; porque intoxica a la que la tiene y al que la toma.

No le hable de las ventajas de las familias numerosas al rico con muchos parientes pobres.

La pobreza puede desviar a un hombre, pero nunca lo aplasta.

Para el que no obtiene lo que desea es un consuelo desear lo que obtiene.

Siempre hay un recurso para que a uno le escuchen cuando es mal conversador: hablar mal de alguien.

Las mujeres prefieren que las insulten a que las ignoren.

EL CASO DE Virginia BENDER QUE BUSCABA EL AMOR Y HALLO LA MUERTE

Quando se disponía a casarse, recibe la muerte a manos de un pretendiente. — Virginia Bender, de 18 años y residente en la barriada del Bronx, Nueva York — a la izquierda — iba a casarse con Joseph Schapanick, mecánico de New Rochelle — a la derecha —. Cuando se disponía a visitar con su prometido a los padres de éste, Fran Blazek, de visita en su casa, le pidió que hablara a solas con él. Cuando el visitante hubo partido, un hermano la encontró agonizando, con una puñalada en el pecho...



CANSADO, sin sombrero, con la desolación retratada en los ojos enrojecidos por el insomnio y la fiebre, un joven de veintisiete años entró en la Estación de la Policía de la Avenida Alexander, distrito del Bronx, a las dos de la mañana del 21 de junio, en los momentos en que el teniente Stephen Lukas estaba de guardia.

—Creo que ustedes me están buscando...— musitó en una voz que apenas si era un susurro.

Un tanto sorprendido, el teniente le preguntó:

—¿Cómo se llama?

—Me llamo Blazek. Frank Blazek.

El teniente Lukas lo miró con sorpresa. Ante él se encontraba el criminal que los detectives más hábiles de Nueva York buscaban por todas partes.

Blazek, con el gesto de resignación que había empleado desde que entró en la estación, se acercó al teniente y le entregó una navaja de seis pulgadas de largo, mientras le explicaba:

—Esta es la navaja con que cometí mi delito. Aquí estoy dispuesto a recibir el castigo que me corresponda...

Desde el lunes 19 de junio, la Policía neoyorquina buscaba al asesino de la joven de 18 años Miss Virginia Bender, muerta en su apartamento del número 580 East de la calle 137.

Cuando ya lo tenía bajo su custodia, el teniente Lukas le preguntó a Blazek:

—Dígame, ¿por qué la mató?

—No lo sé —le respondió el homicida. —Debía hallarme loco...

Blazek había residido en la casa de la muchacha, donde tenía un cuarto alquilado, hasta que hace tres semanas se mudó para la casa de una hermana de la muerta, como resultado de una pelea con la chica. Con Virginia Bender residían en el apartamento donde se cometió el crimen, su

madre Mrs. Harriet Bender y su hermano Edward, de 14 años. Blazek pretendía a Miss Bender y a ella no parecía serle del todo indiferente el muchacho. Cuál no sería la sorpresa de éste, cuando en la fecha indicada ella le comunicó que se iba a casar con Joseph Schapanick, un mecánico de New Rochelle. Trató de disuadirla de aquel matrimonio por todos los medios, y no pudiendo lograrlo determinó abandonar la casa y tratar de olvidar el «affaire».

El día del crimen, sin embargo, llegó a la casa de Miss Bender en las primeras horas de la noche y pidió que se le permitiera hablar a solas con la muchacha. En esos momentos se encontraba de visita en el apartamento Mrs. Helen Manning, la hermana casa de Miss Bender, en cuya casa residía ahora Blazek. Entonces los dos jóvenes se introdujeron en el dormitorio de ella, donde podían hablar a solas. Quince minutos más tarde, Blazek retornó a la sala, dió las buenas noches y continuó hacia la calle.

Unos minutos después, Edward, el hermano de

Miss Bender, penetró en la habitación de Virginia y la encontró agonizando. Había recibido una puñalada en la parte izquierda del pecho y tenía una toalla amarrada alrededor de la cabeza, para que no pudiera gritar. En la habitación estaba la maleta donde la víctima había empaquetado sus ropas, en vísperas de abandonar la casa en dirección a la de su futuro esposo, con cuya familia iba a vivir. Poco después de la llegada de la Policía, hacía también su entrada en el apartamento de las Bender Joseph Schapanick, quien venía a buscar a su prometida para llevarla a la casa de sus padres.

Cuando el fiscal, Mr. Martin Kraus, interrogó a Blazek, éste le declaró que había querido hablar a solas con Virginia para tratar de convencerla una vez más de que debía renunciar a Schapanick. Ella se negó, y siguió una acalorada discusión que terminó cuando el celoso y rechazado pretendiente, expresó las siguientes palabras:

—Pues si no te he de tener yo, tampoco te tendrá ningún otro!

Según la confesión de Blazek, agarró a la muchacha por la garganta con ánimo de ahogarla, y así la tuvo hasta que perdió el sentido. Luego le dió una puñalada en el corazón y partió procurando que su crimen no fuera descubierto.

Desde entonces había vivido escondiéndose por el día en los cinematógrafos de la ciudad y yendo por la noche a los parques, donde, tirado sobre la hierba, trataba inútilmente de conciliar el sueño. Seguro de que la Policía, al fin, habría de dar con él, al cabo determinó entregarse.

Blazek es nativo del Austria y trabajaba con la WPA, organización del Gobierno que realiza obras públicas en todo el país como medio de re- mediar, en parte al menos, el desempleo. Parece que ya en otra ocasión, en el año 1931, se había visto envuelto en otra causa por haber agredido también a otra muchacha.

PARIS, como todos los años, a pesar de las mil preocupaciones que invaden sus difidentes sectores acaba de elegir su Reina de Belleza para el azaroso 1939. Una damita gentil, plena de gracia y armonía, ha recibido el beso de los dioses...

Paris gusta mucho de estos reinados efimeros y simpáticos. Con ellos nos recuerda los miles de concursos, variados y originales, que en todo tiempo celebran nuestros rubios vecinos de América del Norte. Francia ama también con intensidad tales cosas de aspecto intrascendente. La opinión pública se apasiona y se divierte, desviándose del conglomerado de problemas que flajelan los optimismos de las gentes. Buena filosofía, muy necesaria en los momentos actuales.

Efectivamente, en Paris hay un rey o una reina para cada cosa. Forain decía con ironía melancólica: «¡Qué bella era la República bajo el Imperio!»... Y ahora nosotros, parodeando la frase, podríamos afirmar: «¡Qué bella es la realeza bajo la República!»...

Y es cierto. Los breves reinados que brotan en Paris como los tulipanes en Holanda, sólo benéficos resultados aportan a la colectividad. En Paris los reyes y las reinas llenan los bulevares. Recuerdo que en una época Javier Privas fué el soberano de los «chansonniers». Paul Fort sucedió a Mallarmé y a León Dierx como príncipe de los poetas. El rico señor Leonardo Rosenthal es el rey de la perla. Paul Ruez lo fué también del «music-hall»... Y los troncos se elevan para todo. Existen reyes y reinas entre las modistillas, los comederos, las planchadoras, los bebedores de vino, los fumadores de pipa y de cigarrillos, los bomberos, las acomodadoras de los teatros y de los cinematógrafos... En fin, donde quiera que una actividad o un deporte reúna a varios miles de personas, el trono se impone de manera inmutable. Uno de los más originales concursos o competencias que celebra Paris anualmente, lo es sin duda la carrera de automóviles que consiste en subir la empinada cuesta de la colina de Montmartre empleando el mayor tiempo posible. Las máquinas, viejas y asmáticas, a paso de tortuga



Una bella foto de las seis últimas mujeres que discutieron el codiciado título.



que forman el más espléndido varillaje que se haya imaginado jamás para el más precioso de los abanicos...

De entre ellas surgió la reina de Paris 1939. Se llama Sonia Bessis y es bailarina parisién. Reconozco ignorar los quilates que encierra su arte coreográfico, aunque después de la elección ha

Sonia Bessis, bailarina y reina de belleza de Paris en 1939.

El Tobogan de los reinados efimeros.— Sonia Bessis, bailarina desconocida, la mujer más bella de Paris en 1939.— Una soberana que no ama el Protocolo.— Rebelión, golpe de Estado, lágrimas y pleitos.— El amargo destino de una reina inconforme.

comienzan la ascensión, haciendo zig-zags de una acera a otra, sin poder detenerse ni un solo momento y empleando largas horas en llegar a la cúspide que normalmente debe subirse en cuatro o cinco minutos. Esta extraña faena colma uno de los más regocijados días de Montmartre, la tierra epicúrea en que el placer se brinda a toneladas.

Paris es el sitio en que quizás más intensamente se rinda culto a lo bello. Por eso la elección de su reina anual de belleza, es uno de sus más interesantes capítulos epidérmicos. Toda mujer hermosa, y a fe que pululan por millares, lanza su candidatura al codiciado título. Hay varios escrutinios preliminares, complejos y admirablemente organizados, para hallar la selección dentro del número. Entre una media docena de damitas que hacen daño, sonrientes, primaverales, coquetas y eminentemente bellas, el experto jurado tiene la difícil responsabilidad de la elección final. Para la elegida se abren trescientos sesenta y cinco días milunochescos, y a veces, para ella, el camino de la fortuna, en forma de un matrimonio dorado o de una contrata cinematográfica, se pierde en un horizonte que llena toda su vida.

Por eso, ser reina de Paris es doblemente halagador...
 ¿Y por qué os hablo hoy de estas cosas? Pues, porque en Paris la elección de su última reina de belleza ha provocado una hecatombe, y he querido recoger sus ecos para los lectores del magazine dominical del DIARIO DE LA MARINA.

Vedla en la foto y convenid que es bien bella. Ved también, en la otra foto que muestra el siguiente grupo de las seis francesitas que hasta el último minuto discutieron el codiciado título, cuánta estética armonía guardan esas seis imágenes en forma de tentador abanico, esa media docena de cabecitas morenas y rubias que sonrienesperanzadas y dichosas y esos seis brazos tersos

recibido tentadoras ofertas de los más selectivos tabladillos de Paris. La discípula de Terpsicore, desconocida hasta ayer, bajo el impulso de su corona se abre el sendero del estrellato.

Pero nuestra Sonia es rebelde, y ahora que se sabe Reina no tolera otros despotismos que los que ella quiere imponer. Se sintió reina medioeval y no se deblegó a las obligaciones del reinado.

Se miró al espejo y complacida y rebelde dijo con prosopopeya de Luis XIV: «El Estado soy yo».

Pero mucha agua ha pasado bajo los puentes del Sena desde la frase borbónica hasta nuestros días. Y S. M. Sonia 1939 irguió soberbiamente su cabellera bruna y su feble corona se desprendió de sus sienes. ¿Motivos? Disparidad de criterio entre la soberana y su Parlamento. Parlamento, en este caso, debe leerse «comité de publicidad». La bailarina trocada en la más bella mujer de Paris no quiso someterse a las exigencias de su cargo. No se prestó a llenar las obligaciones de carácter exhibicionista a que la obligaba su comité publicitario. Quería su libertad, hacer lo que le diera la gana, como se dice en clásico lenguaje vulgar. Para ella esto era muy cómodo, pero muy perjudicial económicamente para los que habían cooperado a sentarla en el trono.

Se le adujeron mil razones para hacerla cambiar de actitud. Se le habló de las obligaciones que tienen los reyes actuales de halagar a sus súbditos; de las exigencias del protocolo; de la necesidad que siente Paris, mediante el pago de unos francos de taquilla, de admirar el sacrilegio de su sonrisa cautivadora; se le dijo también, como en Inglaterra a los soberanos de Windsor, que el rey reina pero no gobierna...

Trabajo estéril. Sonia, no hay duda, tiene alma soberana del siglo XV. El protocolo lo dicta ella de acuerdo con sus caprichos. Se exhibirá donde ella quiera y cuando ella quiera. No admi-

te imposiciones de ningún género, importándosele poco que su Parlamento se mese los cabellos o termine rasgando sus vestiduras. Por algo es ella la mujer más bella de Paris...

Ante su obstinación, al Parlamento no le ha quedado otro remedio que recurrir al golpe de estado. Sonia, a pesar de su inflamada negativa, ha sido bajada del trono, socavada en sus derechos y expulsada de sus dominios. Se ha convertido en otro monarca más, en Europa, que se pasea con el fardo de su melancolía.

El Parlamento, en tanto, que no puede dejar a Paris acéfalo de belleza, ha prorrogado por un año más el reinado de la soberana de 1938. Al problema es grave. Su Majestad Sonia, imitando a sus colegas en desgracia, no se ha conformado con su suerte. En vez de visitar las cancillerías de los posibles e hipotéticos países amigos, se ha personado en las redacciones de los principales periódicos parisinos, levantando su airada voz de soberana exilada. Su odisea es trágica. Paris ha seguido con simpatía la parábola de infortunio de su bella bailarina. Actualmente su reclamación no ha pasado al Tribunal Permanente de Justicia Internacional de la Haya ni siquiera a la Liga de las Naciones. Sus quejas, más modestamente, las ha presentado ante los Tribunales de Justicia de Paris.

Deseamos a la bella y rebelde reineta de Paris que los hombres de toga de la capital de Francia oigan sus lamentos con benevolencia y la reintegren a su conculcado trono.

Pero aunque así suceda a la postre, nos tememos que poco ha de ganar con ello. La justicia en Paris, como en casi todas las partes del globo, es eminentemente compleja y soberanamente lenta. Han de pasar posiblemente largos años antes de que Sonia pueda recuperar su trono. Y en tanto su belleza primavera] de ahora, puede haberse trocado en otoño lamentable. En tales condiciones Paris en pleno opondrá su veto. No tolerará que su trono de belleza sea ocupado por una dama «que fué bella». He aquí un adjetivo que no admite forma pretérita. Y Paris, en materia de belleza, siempre vive el minuto presente...

¡Pobre Sonia, soberana rebelde que no ama el protocolo!

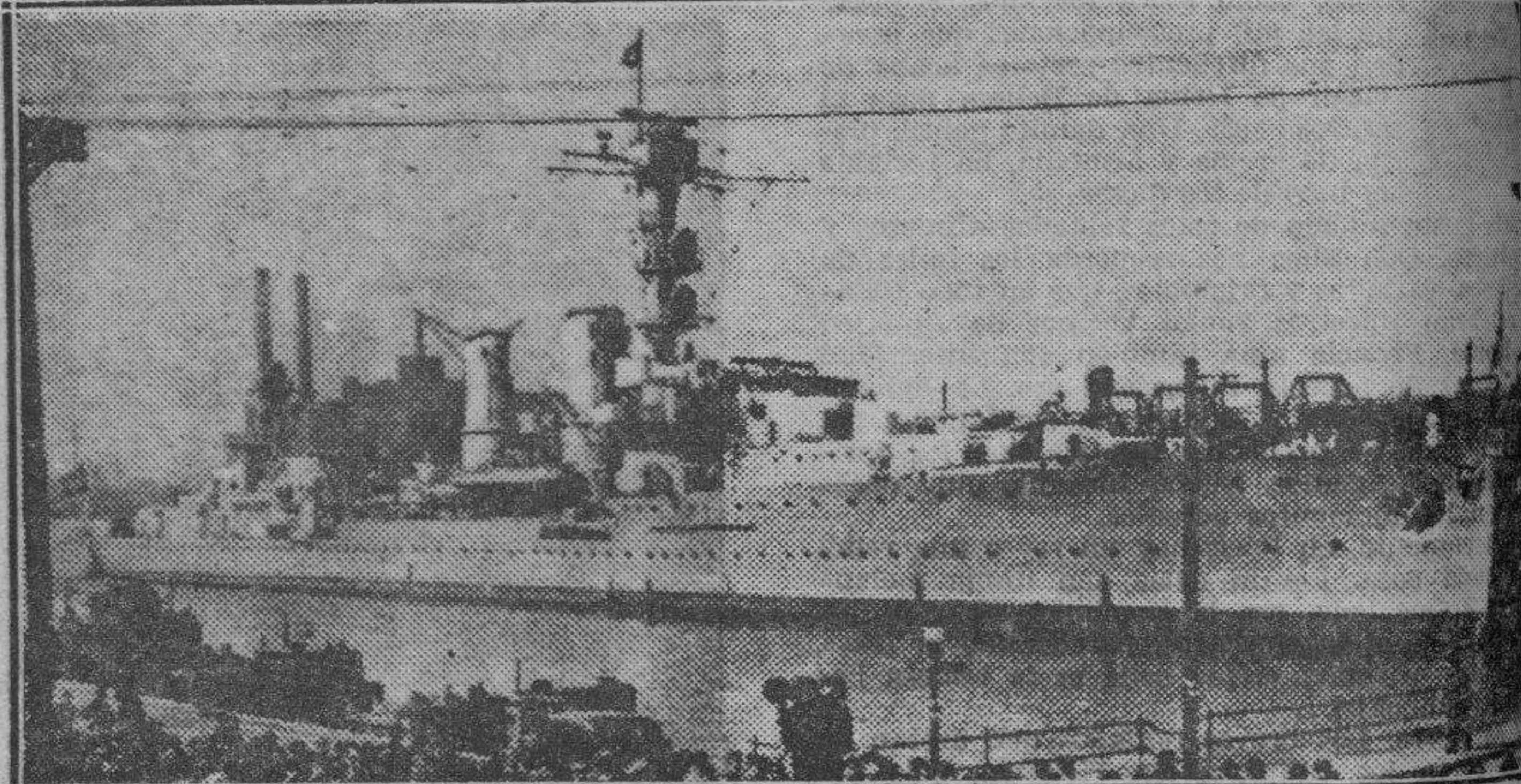
Tu suerte está echada. El Porvenir te vuelve la espalda.

«Vox pópuli, vox Dei»...

Junio de 1939.



Francis Eddington, empleado de la telegrafía sin hilos de la Isla Dirección, que tomó estas fotos del fin del «Emden»



De aquel «Emden» cuya historia se escribió sobre todos los mares, ha renacido este moderno, presto a emular las hazañas del viejo. Hele aquí en el Canal de Kiel.

TRAS DIEZ MESES DE UNA EXTRAORDINARIA ODISEA, 50 DE SUS MARINEROS LOGRARON VOLVER A SU PAIS

Yo he visto morir al crucero pirata alemán "ENDEM"

Es un gran reportaje de la aventura de FRANCIS EDDINGTON

AQUELLA mañana, 9 de noviembre de 1914, Francis Eddington, de 19 años, empleado en la Compañía Eastern Telegraph en la isla Dirección, del Océano Indico, y súbdito fiel de su graciosa Majestad británica, dormía aún con sueño de justo cuando se abrió la puerta de su cuarto con estrépito.

—¡Levántese! ¡Y de prisa!

Dos hombres armados de bayonetas se encontraban ante él, tocados con cascos extravagantes, vestidos con uniformes de marinos, y hablando un idioma gutural.

Eddington no cayó, al pronto, en la cuenta. Sin embargo, al cabo de algunos segundos, lo ridículo de la situación le iluminó. Le hizo mucho bien el poder echarse a reír. Preguntó:

—¿Endem?

—¡Endem!

¡Demonio! Dudaba Eddington. Esos marinos eran alemanes y desembarcaban directamente del "Endem", el famoso corsario, cuya visita, poco deseable, esperaba recibir el rincón de la tierra que se halla al norte de Cocos; o sea: la isla de Dirección.

Desde el 2 de agosto el Océano Pacífico, los mares de China, y el Océano Indico, propalaban las trágicas aventuras del crucero germánico. En los tres mares, bajo el mando del capitán de fragata von Muller, el "Endem" había logrado hundir o apresar 21 vapores. Las pérdidas que había infligido a la marina mercante británica ascendían a 2.150.000 libras esterlinas. Llegando a desfigurar su armadura, añadiéndole una chimenea falsa suplementaria, que daba al barco un aspecto de crucero británico, Muller había logrado, además, bombardear Penang, torpedear en aquel puerto al crucero "Yemtchoug" y, después, hundir, a la salida, al torpedero francés "Mousquet". A lo largo de miles de millas, en todas las rutas comerciales, el mundo de los aliados parecía estar a merced del corsario. En vano habíanse lanzado en su persecución más de doce cruceros. El "Endem" pasaba a través de las finas mallas de esa red gigantesca y continuaba siendo inapresable.

Mas, por el momento, era la causa del despertar sobresaltado del radio Eddington, cuya fle-

ma, por fortuna, comenzaba a recuperar.

—¿Me permitirán, al menos, tomar una ducha?—preguntó a sus guardianes.

Ambos accedieron. Diez minutos más tarde Eddington se hallaba al pie de la estación de T. S. H. con otros treinta y un europeos de la isla, empleados, todos, de la Compañía Eastern Telegraph, y, todos, ingleses como él.

El espectáculo resultaba extraordinario. Por encima de las palmeras y de las casas europeas se distinguía, en la rada, al pirata de cuatro chimeneas, balanceándose blandamente en el Océano Indico.

En tierra, en el interior de la estación, reinaba un desorden indescriptible. A martillazos los marinos alemanes destruían los aparatos, destrozaban las oficinas, las mesas, las sillas.

En el tejado de la estación flotaba el pabellón con la Cruz de Hierro.

CUANDO TODO DORMIA

Eddington tuvo rápidamente la clave del enigma.

A las seis de la mañana un sirviente chino, encargado de escrutar el horizonte desde lo alto de la estación, vió llegar al "Endem".

Descendiendo de las alturas dió a toda prisa la voz de alarma.

Cundió la perplejidad. ¿El desconocido navío era el "Endem", o un crucero británico? El director decidió echar por la calle de en medio.

—Transmitan esta llamada a todos los barcos de la ruta: **Foreign ship in harbour!** ("Un navío extranjero en el puerto").

—Yes, sir **"Foreign ship in harbour"**.

Oprimían el manipulador los dedos del que operaba. En pocos segundos, de Australia al Cabo, del Cabo a Singapur, el mundo amigo fué puesto sobre aviso.

Pero las cosas se precipitaban.

Del navío, anclado a 3,000 metros, se había

despegado un vapor que remolcaba dos canoas. Las embarcaciones avanzaban con rapidez sorteando los innumerables arrecifes coralinos de la rada. Pronto arribaban al muelle de la isla.

Tras de haber lanzado la primera llamada, después de una segunda con la palabra "Endem", pretendía emitir nuevos mensajes el director de la estación. ¡Demasiado tarde! Los radios del corsario interceptaban en el éter.

—¿El señor Director?

El oficial que mandaba la compañía pegó un taconazo, a guisa de saludo.

—Teniente de navío von Mucke, oficial del segundo crucero "Endem". Tengo orden de inutilizar su estación de T. S. H. y el puesto telegráfico. Le aconsejo no oponer resistencia. Deme, ahora mismo, las llaves de los pabellones. Que se reúnan los europeos delante de la estación.

En la rada, algunos hombres, en una balnearia levaban uno de los cables submarinos. Las velas blancas de un bergantín se balanceaban que hacer y el tiempo estaba contado.

—Aquí están las llaves. Además, le felicito a usted efusivamente.

El director sonrió inclinándose. Esos ingleses le divertían. Pero tenía otras cosas que lo anuncia, acaba de llegarnos.

Von Mucke no caía en la cuenta. Los ingleses sonreían entre dientes. Pero sus aparatos recibían los primeros martillazos.

¿JUEGA USTED AL TENNIS?

La vigilancia estaba un poco relajada. El joven Eddington lo aprovechó para montar el aparato fotográfico que había cuidado de llevarse a pesar de todas las circunstancias, con el fin de captar para la posteridad el sensacional acontecimiento.

Al lado de él los marinos se aprestaban a hacer saltar la torrecilla de T. S. H.

Eddington, inquieto, se acercó a von Mucke.

—¿Juega usted al tennis?

—¿Por qué?—preguntó el otro.

—Por la torrecilla. Por la manera que va a

hacérsela saltar, caerá probablemente, en el campo de tennis, ¿comprende usted? ¿No podría arreglárselas para que cayera del otro lado?

Von Mucke no pudo disimular una sonrisa.

—¡Ah, sí! ¿Por qué?

—Por su cruz de hierro. La noticia de Reuter cerca de ellos, a poca distancia de los muelles.

—¿Destruimos también ese arco, capitán?— preguntó un cabo.

—Naturalmente. Preparen un cartucho explosivo. Se le dejará listo en seguida.

Y dirigiéndose a un suboficial:

—Reúna la compañía lo más pronto posible.

Hay que acabar, e ir a bordo.

UN HUMO QUE SE HACE MAS GRUESO

En ese mismo instante el "Endem" lanzó una larga señal.

Tras haber descifrado su sentido, a través de la verde colina de palmeras, von Mucke dió órdenes con voz breve.

Eddington y sus amigos iban de sorpresa en sorpresa. ¿Qué ocurría? El "Endem" vomitaba ahora un humo negro y, cosa inesperada, levaba anclas. En el horizonte una mancha negra se distinguía, se agrandaba y, a toda velocidad, se aproximaba a la isla de la que, no menos precipitadamente, el pirata se esforzaba en alejarse.

A los diez minutos se precisó el fenómeno en marcha: tenía cuatro chimeneas. Los ingleses contenían el aliento; la mano de Eddington temblaba sobre su aparato fotográfico ¿El socorro...?

Los dos navíos se acercaban entre sí. Cuando ya no estuvieron más que a 8.000 metros, una lengua de fuego corrió de la proa a la popa del barco desconocido. Y alrededor del "Endem" se levantaron del fondo del Océano Indico, cuatro inmensas columnas de humo.

EL COMBATE

Subidos en los tejados, o desde la orilla, los colonos de la isla seguían la lucha con pasión. En el muelle, von Mucke y sus hombres, abandonados a su suerte tascaban el freno.

—Es un crucero australiano, —exclamaba Eddington—. Un "Melburne", o un "Sidney".

Era el "Sydney". Patrullaba con otros dos cruceros cuando recibió el mensaje de la isla, amenazando hundirse. El fuego del "Sydney" inmediatamente se había puesto en ruta a toda máquina; a las 9 y cuarto divisaba la tierra de la isla y el humo del "Endem".

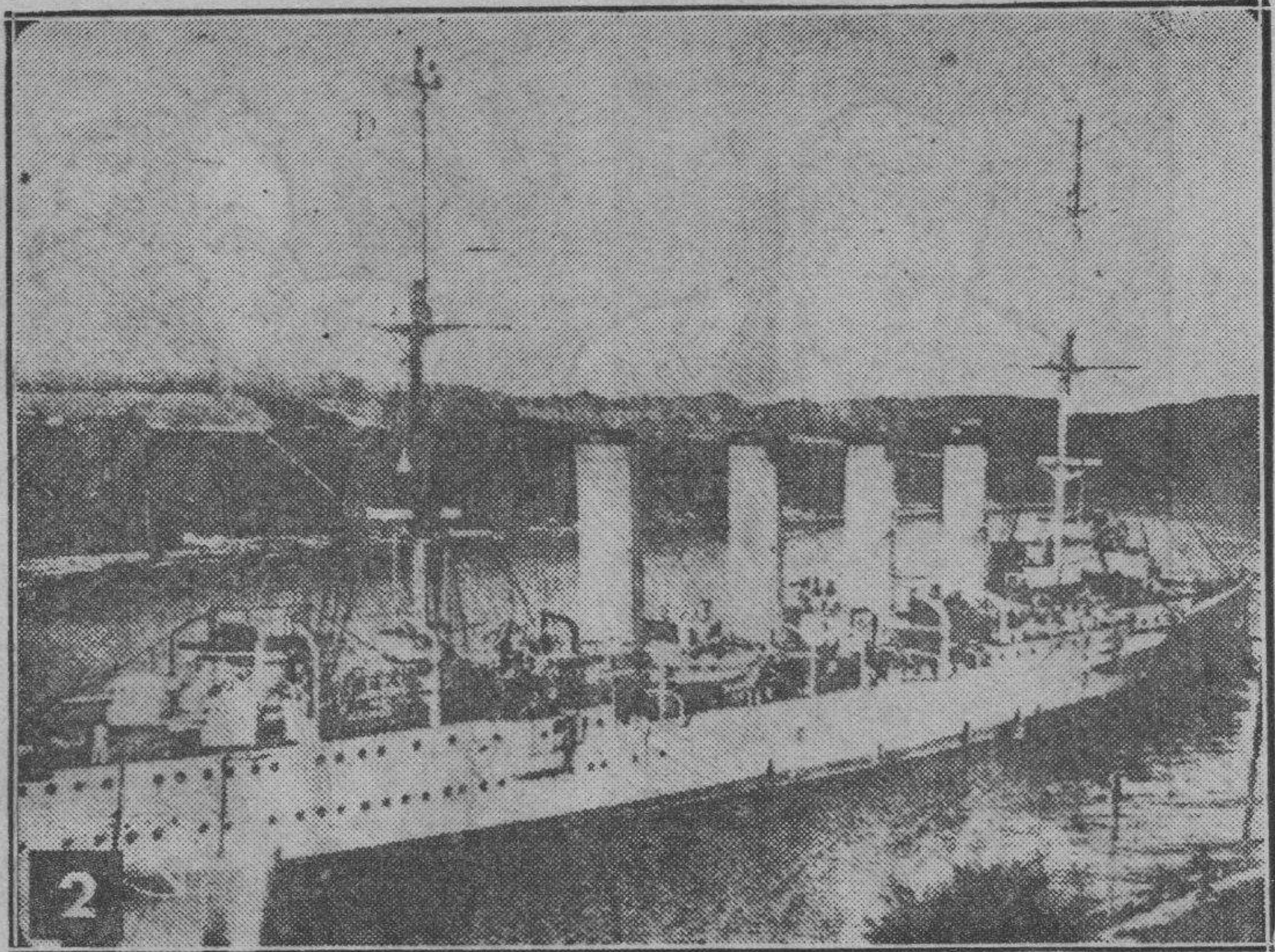
Se abrió el fuego a las 9 y cincuenta. A las diez el "Endem" recibía la primera terrible andanada. Después, blanco sobre blanco, se derumbaron su primera chimenea y su palo mayor. Un incendio gigantesco devoraba el navío. Al pie de los cañones, los sirvientes, expiraban, uno tras otro. La embarcación cubierta de restos, de heridos, de moribundos, hacía agua por todas partes, invadida por inmensas llamas. Y no tenía ya sino dos chimeneas. Saltaron ambas disminuyó en intensidad, cesó por completo, y cuando el navío se disponía a lanzar un torpedo. El "Endem" derivó, mientras el crucero australiano desapareció hacia el sur, donde un cargo sospechoso—el aprovisionador de carbón del pirata—acababa de desaparecer.

LA DECISION DE VON MUCKE

La emoción llegaba a su colmo en la isla. Von Mucke había vuelto a su puesto. Llamó al director.

—He decidido probar la suerte con el velero que está en el muelle y que hace un instante nos disponíamos a destruir. ¿Qué vale?

—Es un clavo roñoso y su nombre es Ayesha —respondió el director—. No podrán ir cincuenta a bordo y si van no llegarán lejos.



El viejo «Emden» en los instantes de anclar, en la Isla Dirección.

Von Mucke se encogió de hombros.

—No importa. Me incauto de los víveres de ustedes. Les daré unos minutos para entregármelos.

El director se puso rojo de indignación.

—Pero nosotros nos vamos a morir de hambre.

—¿Cómo? Sería muy extraño que no recibiesen ustedes socorro hoy mismo. En todo caso le doy mi palabra de honor de que, en cuanto pueda, haré cablegrafiar a Singapur para que vengan a traerles provisiones.

Un cuarto de hora después los europeos y los indígenas veían a von Mucke en el barco, y cómo éste levaba anclas.

EL EXTRAORDINARIO VIAJE

Cuando el "Sydney" volvió hacia la isla había ya perdido mucho tiempo. Al verle aproximarse el aprovisionador del "Endem"—que era un carbonero inglés que el pirata había capturado—había sido hundido por su propia tripulación, que fué preciso recoger a bordo.

Hundido, el "Endem", tenía entonces su pabellón en la proa del navío. El "Sydney" abrió nuevamente el fuego durante unos minutos. Sobre el casco alemán cayó otra vez una lluvia de hierro. Cuando von Muller se decidió a enarbolar bandera blanca, los muertos se elevaban a 134 hombres; tenía, además, 65 heridos y 117 salieron del combate ilesos.

Al tiempo que enviaba sus chalupas en socorro de los marinos alemanes, el "Sydney" mandó una compañía de desembarco, con la esperanza de capturar en la isla a von Mucke y sus hombres. ¡Tiempo perdido! El velero se hallaba ya muy lejos.

La espesa noche había envuelto al "Ayesha".

Los cincuenta alemanes, comprimidos a bordo, tenían, sin embargo, que resistir. El 27 de noviembre divisaban tierra. Era el puerto holandés de Padang. El "Ayesha" encontró tres cargos alemanes con los que pudo comunicar, pero tuvo que continuar su ruta antes de que transcurriesen veinticuatro horas. Volvió a la altar mar evitando, todavía, por milagro, los barcos lan-

zados en su persecución. Durante tres semanas, navegando por las orillas de Padang, resistiendo tempestad tras tempestad, esperó la salida de uno de los cargos alemanes. Por fin, el 14 de diciembre, divisó al "Choising".

Von Mucke y sus hombres embarcaron en el cargo germánico el 16, después de hundir el sólido velero "podrido". Y pusieron proa al oeste. El 7 de enero alcanzaron Perin, y el 8 se encontraban frente a Hodeidah. Allí, con Mucke, dejó que el vapor continuase sin él su ruta por el mar Rojo, y decidió desembarcar en cuatro canoas. Hodeidah estaba en manos de los turcos, y la compañía de desembarco fué recibida el 9 de enero. Tras haber intentado continuar su marcha hacia Alemania por tierra tuvo que renunciar a ello y adoptó la vía marítima a bordo de pequeños sambouks, que no eran sino ligerísimas y débiles embarcaciones turcas. Tenía que burlar el bloqueo: esa navegación extraordinaria duró del 14 al 24 de marzo, fecha de la llegada a Lith. De Lith a Djeddah fué preciso ir por el desierto. Compraron camellos. Atacada frente a Djeddah por los beduinos, la caravana tuvo que librar una batalla en regla, bajo un cielo de fuego, durante tres días. De Djeddah, volvieron a tomar la vía marítima hasta El Ouedj, donde tocaron tierra el 29 de abril. Lo más peligroso del fantástico viaje había terminado. Por carretera y ferrocarril, en el tren de Hedjaz, von Mucke llegó, por fin, a Constantinopla, diez meses después de su salida de la isla Dirección y daba cuenta al almirante Souchon, comandante de la división alemana del Mediterráneo, y de la flota turca: "La compañía de desembarco del "Endem", compuesta de 5 oficiales, 7 suboficiales y 37 hombres se pone a sus órdenes".

1939... Muchos de los héroes de esta aventura han muerto hace tiempo. Alemania posee un nuevo "Endem" y su Estado Mayor naval medita siempre acerca de la futura guerra. ¿No serán los piratas germánicos de mañana algunos de los "Deutschland" que han cruzado hace días hacia Gibraltar?



La gente pasaba como sombras delante de ellos, perdiéndose en la tarde gris. Algunos volvíanse a mirar los. La joven con su belleza merecía tal atención: su rostro entre las lujosas pieles oscuras y el pequeño turbante negro se destacaba iluminado por un sagrado fuego interior; los labios eran rojos y llenos; las espesas pestañas velaban los azules ojos irlandeses proyectando curiosa seducción a su sonrisa.

EL se disponía a cruzar la calzada cuando ella lo vió. Pálida hasta causar impresión, permaneció un momento rígida. Con los ojos clavados en los hundidos de él, el rostro adelgazado, en la boca firme de labios fuertemente apretados. El no la miraba, no miraba nada en particular excepto el sendero de su propia y solitaria travesía por quién sabe qué recovecos del pensamiento.

Decidida, ella cruzó siguiendo los pasos del hombre y en la acera opuesta lo interpeló:

—Bill...—sonaba su voz como la de una persona en trance.—Bill... ¿Es que no me hablarás más?

Extendió la mano y él no pudo menos de estrecharla en la suya. Aun a través del guante, ella sintió su frialdad de hielo. Bill no llevaba guantes, ni abrigo, aunque el viento cortaba las carnes y el cielo plomizo prometía nieve.

—¿Dónde—preguntó ella,—dónde has estado todos estos años en que no supe de tí?

Cuando sonrió, él, obediente, respondió a la sonrisa, pero sin la menor indicación de placer o sorpresa. Permanecía de pie, con el gastado sombrero en una mano y el oscuro cabello revuelto por el viento.

—¡Oh! He estado aquí y allí. Un poco en todas partes—respondió.—¿Y tú?

—En el calesín monótono de la vida, como siempre... De vez en cuando preguntaba por tí, pero nadie me dió razón jamás.

—Yo no acostumbro a escribir cartas...

—Es cierto. Lo había olvidado.

Una brevísima pausa y Bill hizo ademán de despedirse.

—Me alegre de haberte visto—dijo con acento de finalidad.—Ahora debo irme.

—¡No, no te vayas aún, Bill!—gimió ella.—Espera... y háblame. Dime cualquier cosa...—Lo tomé del brazo y lo atraje al abrigo ofrecido por un

edificio.—Ponte el sombrero, hazme el favor. Te hará daño permanecer con la cabeza al descubierto... ¡Oh!—agregó con una franqueza un tanto desafiante.—No sabes cuán contenta estoy de verte...

El la miró fijamente y sus labios dibujaron una mueca escéptica:

—Considerando mi apariencia actual... lo que acabas de manifestar es muy halagador...

—Pero... es que... ¡tú, tan sólo tú tienes verdadera importancia!

—Gracias—respondió cortés.—Aun así, es mi deber no detenerte más tiempo. Tú ibas a alguna parte... o al encuentro de alguien.

—Sólo a este Banco a depositar un cheque...

Bill observó el edificio a su espalda, las placas de bronce con el nombre de una de las instituciones más firmes del país.

—Mis felicitaciones—dijo.—Merece confianza un lugar así.

Ella no prestó atención a su ironía:

—Bill, ¿por qué no me esperas unos minutos? Después podríamos ir a cualquier parte y charlar...

—Lo siento. Tengo una cita impostergradable.

—¿A qué hora, Bill?

El llevó maquinalmente la mano al bolsillo del chaleco. Al recordar, sonrió con amargura.

—¿Qué hora tienes tú?

Ella consultó la joya en su muñeca.

—Tres menos diez. Debo apresurarme a entrar antes de que cierren.

—Mi cita es a la tres—declaró Bill muy serio.—Apenas tengo tiempo de llegar...

—No te vayas, Bill... Eso de la cita es un pretexto para alejarte, una mentira...

—Siglo veinte y sin habilidad para la mentira...

—¡No es de extrañar que me encuentre en este estado!

—Por favor, Bill... Quiero hablarte... Necesito hablarte...

Mientras ella esperaba la respuesta a su ruego mientras él, con los ojos clavados en el pavimento reflexionaba, dos jovencitas pasaron envueltas en sus sacos de piel.

—¡Hola, Kitty!—gritó una de ellas.—Nos divertimos mucho en tu fiesta de anoche...

—Me alegro...—respondió la joven con frialdad.

Las jovencitas siguieron su camino y Bill pareció volver a la realidad transfiriendo su mirada del pavimento al rostro de ella.

—Está bien—dijo.—Ve al Banco. Yo te esperaré.

—¿Es una promesa?

—Sí... Pero te advierto que no puedo llevarte a tomar el té...

—¡Tonto! ¿Quién piensa en eso?

A solas, él se refugió aún más en su rincón y respiró con una línea de preocupación en su frente, pero cierta expresión de alivio en los ojos oscuros. Una mujer de aspecto miserable puso una caja abierta delante de su nariz, rogando:

—¡Compre una gardenial!

Bill la contempló irónico.

—Debiera aprender a elegir mejor sus clientes.

Casi sin transición la joven estuvo otra vez a su lado.

—Ya está, Bill. Vamos ahora.

—¿A dónde? Vacilo en sugerir el banco de una plaza y sin embargo temo no saber de otro lugar más de acuerdo a mis medios... Además, yo...—llenó la pausa con un gesto expresivo que abarcó su rostro donde la barba crecida ponía una nota oscura.

—¡Ya está!—anunció triunfante Kitty.—Iremos a la estación Central y nos sentaremos a conversar en la sala de espera. No puedes objetar a ese medio democrático... y si crees que necesitas de la colaboración de un peluquero antes de mostrarte agradecido conmigo, en la estación encontrarás no uno, sino



—«Kitty» es vulgar, e indigno, por lo tanto, de tí. No debieran llamarte otra cosa que Katherine...

Ella suspiró:

—Es horrible esto, ¿verdad, Bill? Tanta gente, humo de cigarrillos, suciedad.

—Todas las cuevas de ratas son horribles y sucias... Por eso salen de ellas...

—He aquí lo que estaba pensando—manifestó Katherine.—¿Por qué no vamos a mi casa? Allí tendremos un buen fuego crepitando en la chimenea, bebidas confortantes...—al descubrir una mirada de reproche en los ojos de Bill, el color corrió por su rostro blanco como vino a través del agua.—Recibiré a otros invitados...—dijo casi sin aliento.

—Eso es distinto—sonrió Bill.—Mientras no nos quedemos solos... ¿Me es conocido alguno de los invitados?

Katherine miró los ojos de Bill tristes, a pesar de su zumba, mientras contestaba:

—Max Boyd y Josefina. Ella se casó con él después de todo...

—¿Después de qué? No conozco a la pareja...

—¿Después de todas sus otras esposas. ¿Qué fascinación ejercen sobre las mujeres esos hombrecillos gruesos y morenos? Bien, además de ellos, John Gregg tal vez, Adronne Evans, y Powell Jones.

—Todos suenan muy interesantes, a fe mía...

—¿Vienes entonces?—Sin esperar respuesta Katherine se puso de pie y lo tomó del brazo.

—¿Vives siempre en la misma casa?—inquirió Bill divertido. Sin ironía esta vez su alegría tenía resonancias juguetonas y pueriles.

—No. Y tú no has estado nunca en esta—aseguró ella.—Es muy hermosa...

—Lo creo—dijo gravemente.—¿Y qué pensará tu mayordomo al verme sin abrigo?...

—A los mayordomos no se les paga para que piensen...

—Es verdad—asintió Bill cruzando al lado de ella el vasto «hall» entre la muchedumbre.—Algunas veces se les paga para que «no» piensen...

Tomaron un taxi. Bill explicó que le sobraba lo suficiente del dólar para pagarlo. En el interior del vehículo se reclinó en el respaldo, mirando a Katherine con ansia mal reprimida.

—¿Vives sola en tu hermosa casa?—preguntó de pronto.

—Sí... desde la muerte de Howard. Murió hace tres años. Viuda, nadie tiene derecho a decirme lo que debo o no debo hacer.

—¡Pobre viejo Howard!—exclamó Bill.—Supongo que ahora gozas de la libertad y el dinero que él en vida tanto te escatimó...—Parecía buscar las palabras apropiadas, tanteando las frases, hablando al fin sin mucha seguridad.—Te ha dejado algo, ¿no?

Ella se encogió de hombros, ciñendo las pieles más alrededor de su cuello.

—Lo suficiente...—respondió evasiva.—Ya llegamos. ¿Quieres indicar al *chauffeur* que es la tercera casa a partir de la esquina?

Si el mayordomo opinó que hacía demasiado frío para permitirse un caballero la extravagancia de salir sin abrigo, su inmovilidad teutónica no dió signo alguno.

La casa de Katherine era tranquila, como un nido al que el pajarillo abandona momentáneamente y al cual vuelve. Fuego en el hogar de la salita íntima, cortinados verdes en los amplios ventanales, un acogedor sofá con almohadones negros frente al fuego. Rosas de tonos ardientes en los jarrones de plata.

Rompió ella el silencio:

—¿Te agrada?

El miro a su alrededor meditabundo, antes de replicar:

—No es tan... hogareño... como el otro, pero me gusta más...

—La apariencia enseña a una mujer a hacer su casa, como su rostro, impersonal. Te importa esperar mientras me cambio? Ahí, sobre esa mesita, tienes cigarrillos. No demoraré mucho, Bill...

Pasó Katherine a una habitación interior cerrando la puerta tras sí. Al reaparecer las ondas profusas de su cabello castaño brillaban como bañadas en oro. Llevaba un espléndido vestido de tarde, en terciopelo negro con amplias mangas recogidas sobre sus manos blancas y nerviosas. Bill, de pie, junto a la ventana,

—Nadie hace nada por nada y yo carezco de la mínima suma imprescindible—explicó Bill calmamente.

Ella lo contempló con curiosa expresión:

—Considerando todas las orquídeas, las gardenias, las butacas de teatro que yo te debo de tiempos pasados, ¿es excesivo que me debas tú en el presente una neurada?

—Tu elocuencia me convence... Préstame un dólar, ya que tanto insistes.

La estación central estaba atestada de viajeros. Resonaba bajo el peso de sus pies, olía de sus humanidad. Cuando un dólar hubo cambiado de mano, Kitty se sentó en el duro banco de madera pulido por el roce de innumerables seres que habían esperado pacientes o desesperanzados o inquietos, antes que ella. No leyó el periódico ni se dedicó a observar a sus vecinos, esperó tan sólo en un silencio expectante, sus pensamientos vueltos hacia otra época de su vida.

Más de media hora duró la ausencia de Bill. Al volver parecía más joven, menos cansado, menos ceñudo; además de la barba se había hecho lustrar los zapatos y cepillado el traje. Excepto por la ausencia de abrigo y guantes, podía haber pasado ahora por un joven en tren de negocios... o de conquista.

—Lamento la larga espera que te impuse—manifestó dejándose caer en el banco al lado de ella.

—No me dí cuenta siquiera. Estuve pensando...

—El pensar hace daño...—una leve, casi imperceptible vacilación y luego el nombre por primera vez.

—Katherine...

Las espesas pestañas se agitaron sobre la mirada azul.

—Nadie me ha llamado así... desde hace mucho tiempo...

fumaba mirando la calle. Acercándose con suaves movimientos, ella posó una mano en su brazo.

¿No te alegras de haber venido, Bill?

—Todavía estoy aquí—fué la prudente respuesta. —Aun tengo tiempo de arrepentirme... Pero apretó en la suya la pequeña mano.—Te expones, Katherine... Los perros dormidos... lo sabes, ¿verdad? ¡Mejor no despertarlos!—Por la fracción de un segundo sus almas se unieron con sus miradas; estaban tan juntos que el menor movimiento los vería a uno en los brazos del otro... Sonó el timbre. Katherine suspiró resignada.

—Los primeros invitados—murmuró.—Sin duda Max y Josefina...

Max preparó los cocktails mientras Josefina tomaba asiento en el sofá preguntando quién era Bill, de dónde venía y por qué no se lo habían presentado antes.

—Creía conocer a todos tus antiguos pretendientes, Kitty... Me gusta este muchacho... Me interesaría saber si acaso tiene otro nombre además de «Bill»...

—Marco Antonio—replicó Bill riendo.—La debilidad de Cleopatra...

Josefina era pequeña, con cabellos demasiado claros, ojos demasiado grandes y demasiado «rouge» en los labios. Cuando hubo bebido el primer cocktail, su voz adquirió desagradables estridencias. Max—el esposo—era más tranquilo. Sentado junto a Katherine, tenía para ella mil pequeñas atenciones, que ejecutaba con el aire de quien se ve obligado a ello, por razones obvias. Afortunadamente pronto llegaron los otros: Adrienne Evans, alta, rubia y delgada, como un hermoso lirio artificial; John Gregg, grueso, tranquilo, de expresión bondadosa y gestos tranquilos; Powell Jones, alto y esbelto, extraordinariamente hermoso. Katherine se adelantó sonriendo llevando a Bill de la mano:

—Powell Jones, John Gregg... Este es el señor William...—El teléfono, con su impertinente estridencia, cortó la presentación y Katherine corrió a atender el llamado.

Aj volver ella, Gregg estaba hablando con Bill. Recogió su observación hecha sobre un cigarrillo:

—¿Tiene usted un fósforo, señor Anthony? Yo me olvido siempre el encendedor y Kitty no piensa en ello...—John Gregg poseía, como su rostro lo denunciaba, un alma bondadosa y sencilla. Para los amigos, era el hombre de todos los momentos, sin cuya colaboración ninguna reunión puede tener éxito. En la pequeña reunión de Katherine preparó más cocktails, echó más lumbre al fuego, trajo de la cocina un plato de sandwiches y los sirvió a todos.

—Te gustava el caviar, Bill...—dijo Katherine soñadora. Ambos estaban otra vez junto a la ventana; el atardecer tornaba aún más sombrío el exterior. En la calle, un piso más abajo, el viento transformaba el vuelo perezoso de un papel en una danza diabólica.

—No olvidas, mi pobre Katherine...—murmuró él tomando un pequeño sandwich de caviar.

—Sólo has tomado un cocktail... Y jamás te sentías humano con menos de tres...

—No puedo arriesgarme a ser demasiado humano en público...—retrucó sonriendo, pero aceptó el segundo cocktail ofrecido.

Un breve silencio. Habló al fin Katherine con lágrimas en la voz:

—Quisiera poseer el don de leer los pensamientos, saber qué te sucede, qué te ha sucedido. ¡Estás tan amargado! Y descubrí algo en tu rostro hoy—antes que tú me hubieras visto—algo terrible, angustiados...

—Miserable, di mejor...

—No, no es eso. «Tormentado» sería la palabra correcta si no sonara demasiado trágica...

—Comprendo... Algo así como para asustar a mujeres y criaturas.

—Yo no me asusté—replicó Katherine con temblorosa voz.—Pero sentí que el corazón se destrozaba en mi pecho... ¿Dónde has estado, dónde has adquirido esa terrible expresión?



ba en mi pecho... ¿Dónde has estado, dónde has adquirido esa terrible expresión?

—¿Dónde estuvimos la mayor parte de nosotros, en los últimos años?

—Ya lo sé, ya lo sé... Uno los encuentra en las plazas, en las afueras de la ciudad. Desocupación... ¡terrible palabra! Pero tú, Bill... ¡tú!

—Así es la vida, pequeña Katherine. ¡Quién lo iba a pensar!, ¿eh?

Ella cruzó sus dedos nerviosamente y habló sin mirarlo.

—Bill... ¿No querías tú... no aceptarías...?

—¿Una ayuda de tu parte? No, gracias. Aún no llegué tan bajo.

—¡Bill! No fué mi intención ofenderte. Tan sólo sería una...

No le permitió concluir:

—Eres muy buena. Me inclino ante tí y beso tus manos bienhechoras...

—Pero no aceptas...

—¡Naturalmente que no!

Un suave silbido empezó a colarse por entre los intersticios de los ventanales.

—Nieve...—murmuró Katherine contemplando el giro rápido de los copos.—¿No es inmaculadamente hermosa?

—Sólo tiene una desventaja—dijo Bill.—Que cae por igual sobre justos y pecadores.

Un estremecimiento sacudió a Katherine. En el oco

extremo de la habitación Josefina colocaba un en la victrola. Adrienne se había incorporado en lánguida «pose» en los cojines del sofá y se acercó a Bill con una cínica sonrisa curvando los labios.

—Durante media hora justa lo estuve observando tratando de recordar donde lo había visto antes.

—Yo hubiera supuesto—replicó él amablemente—que se ocupaba usted en algo más útil.

—Fué en Palm Spring el año pasado—continuó Adrienne sin hacer caso de la interrupción.—A mí me suceden siempre cosas así... Supongo—apoyándose en un testimonio de un mundo maravillado—que soy una mujer de las coincidencias... Usted estaba hablando con una personalidad del cinematógrafo, cuando me vi... ¡Usted es William Anthony!

—Naturalmente, querida—interpuso Katherine.—¿Quién creías que era?

—No lo sabía al principio y eso me preocupó. No puedo soportar el olvidar un rostro o un nombre. Y... ¿cómo le fué con su libro?

—¿Estaba yo escribiendo un libro?—inquirió con provocativa ironía.

—Sí, un original para el cinematógrafo.

—¡Oh! ¡Hace tanto tiempo de ello!—observó sonriendo gentilmente.—Pasó ya al digno estado de las cosas olvidadas.

—Yo volví de Hollywood a las seis semanas—continuó Adrienne.—Ninguna actriz de verdadero talento tiene oportunidad allí...—se volvió a Katherine.—¿Dónde está Irvin, querida? ¿No viene a verte hoy?

Un extraño dolor cruzó el rostro de Katherine y se refugió en sus ojos.

—Creo que está en Atlantic City—dijo con voz sosegada.

Con una copa en la mano, Adrienne bebió lentamente seando su mirada como una catinica por el rostro pasible de Bill.

—¡Por Palm Spring! ¿No era simplemente maravilloso? ¡Luz de sol, agua, arena! ¡Beba por Palm Spring, Bill!

Las sombras alrededor de los ojos de él se habían profundizado. Las líneas de su boca eran también

...Bebió por Palm Spring y se volvió a Katheri-

—Debo marcharme ahora...
—Oh, no, hasta que haya bailado conmigo!—gritó Adrienne.

Bill, obediente, rodeó su cintura y se alejaron danzando al compás de un alocado «fox trot» que alguien colocara en la victrola.

Estás pálida, Kitty...—dijo John Gregg con el rostro preocupado.

Katherine se quejó que el aire estaba entarecido. Cuando Gregg abrió la ventana ligeramente, pareció sentir el aire como un semiahogado. En la calle, un hombre se inclinaba delante de la ventanilla de un taxi detenido por las calles del tráfico ofreciendo garrafas. Si no eran gardenias eran cerillas o lápides. Desaparecidos por toda ciudad, luchando con la nieve. ¿Y... ¿a dónde?

La voz del disco cantaba salvajemente:

«¿Qué poseemos, para perder?»
«Yo no tengo futuro y tú no tienes planes...»
«¿Qué poseemos... para... perder?»

Adrienne y Bill se detuvieron con los últimos compases de la música no lejos del lugar donde se encontraban Katherine y John Gregg.

—Bailar con usted es algo divino...—declaró Adrienne en un susurro que todo el mundo oyó.

—¿Otro cocktail?—ofreció Katherine a Bill.

—No, gracias...

—¿Por qué no?—Lánguidamente Adrienne extendió una copa tendiéndola a Bill con una misteriosa sonrisa. El extendió la mano. Pero como si ese pequeño esfuerzo redujera al mínimum sus fuerzas vitales, cayó al suelo privado de conocimiento. Quedó tendido, con los ojos cerrados, hundidos en las órbitas, los labios cárdenos en un rostro de palidez de cera... Adrienne gritó atemorizada. Josefina reprochó a John Gregg:

—Te previne que esos cocktails eran muy fuertes...

Gregg ya estaba de rodillas, pasando un brazo alrededor de los hombros de Bill:

—Sostén sus piernas, Max—pidió.—Lo llevaré al baño...

Katherine permanecía de pie, con las manos fuertemente entrelazadas, los dientes apretados para contener un sollozo desgarrador. Cuando pudo hablar dijo con un hilo de voz:

—Ustedes creen que está bebido, ¿no es cierto?

—Pero es claro, criatura!—exclamó Adrienne burlesca.

—Probablemente ha estado bebiendo en su club antes de venir aquí...

Powell Jones comentó:

—¿Quién es él después de todo? ¿Quién lo conoce?

—Oh! Escribía argumentos en Hollywood—exclamó Adrienne...—Aun entonces le gustaba beber...

Lo siento, querida—esto a Katherine.—Pero ten cuidado...

Katherine se volvió de rostros demasiado pintados y perfiles demasiado correctos a la ventana, en cuyo exterior la nieve aún remolineaba y el viento gemía en canción más tétrica. Pensó:—Cae por igual sobre los buenos y pecadores. Frío cruel afuera y adentro... en las almas.—Algo se endureció en ella como el acero y se volvió a sus invitados.

—Estoy segura que todos ustedes tienen obligaciones impostergables. No permitan que ninguna consideración hacia mí los detenga—mientras hablaba, descendía el tono de su propia voz.

En el silencio embarazoso que siguió, la risa nerviosa de Josefina vibró como un estampido. Apareció Max en el umbral de la habitación vecina:

—Ya está bien el enfermo—dijo con expresión de preocupación. Detrás de él aparecieron Gregg y Bill. Gregg había pasado su brazo por el del joven. Este se libró de la presión acercándose a Katherine. Estaba muy pálido, pero sus ojos miraban firmes y serios.



—Perdón...—murmuró.—No puedo decirte cuanto siento...

—No le intentes siquiera...—interrumpió ella.—Me siento tan feliz al saberte mejor...—descubriendo la mirada de Bill fija en la puerta, su voz fué un ruego, y una caricia:—No te vayas aún... Por favor, Bill, no te vayas...

El permaneció a su lado. Tomó un cigarrillo y lo encendió con dedos que temblaban. Adrienne se despidió con una sonrisa venenosa en su falsa dulzura.

Los otros la siguieron. Gregg murmuró al oído de Katherine.

—No pienses mal del pobre muchacho, Kitty. No está bebido, sino casi muerto de hambre...

—Ya lo sabía... Gracias por todo, Johnny...

Gregg se marchó y Katherine volvió a la habitación de las rosas, los cortinados y el fuego en el hogar, tomando asiento en el amplio sofá. Bill se separó de la ventana sentándose a su lado. Ella sugirió tímidamente:—¿Me permites pedir para tí...

—Nada, gracias—interrumpió bruscamente.— Me voy.

—¿A dónde?

Bill no contestó. Ella lo miraba y de pronto dijo algo extraordinario:

—Naturalmente, usted sabe que no le he visto en mi vida...

Sin la menor confusión, él levantó los ojos:

—Supe desde el primer momento que éramos desconocidos.

Ella preguntó bruscamente:

—¿Es cierto que Adrienne Evans lo conocía?

—Sí, si se puede llamar «conocimiento» habernos visto dos veces en Palm Spring.

—¿Y era verdad también el resto... acerca de su trabajo como argumentista?

—¡Oh, Dios mío! ¡Sí!

Katherine ansiaba gritar:—¡Pobre muchacho! ¡Deja que ordene una buena comida para tí!—pero a la vista de su orgullo, su amor propio heridos, no se animó. En voz baja dijo:

—Es usted igual a un hombre a quien yo conocí y que se llamaba Bill. Por eso me acerqué a usted en la calle y por eso le hablé. Cuando lo ví, creí morir de emoción, tan cruel es el parecido...

—Creyó estar frente a él... Bien, el mundo está lleno de Bills...

—Ya no hay sitio en el mundo para mí Bill... El ha muerto.

Nos amábamos... como sólo se ama una vez en la vida. Y él murió... en un accidente callejero... la víspera de nuestra boda.

—Terrible...—murmuró Bill.—Pero entonces, ¿quién era Howard?

—Ese fué mi esposo después. Soy su viuda. Jamás fuimos felices, porque yo nunca aprendí a olvidar a Bill. Para mí vivía, vive aún...—un espasmo de dolor contrajo sus facciones.—Hoy... al verlo a usted... tan parecido... creí volverme loca. La vieja bebida se abría... y está aquí—se palmeó el pecho—sangrante... ¡Bill era tan bueno!... Cuando usted me mira lo veo a él y todo lo que hago, todo lo que hice desde... que él se fué se me antoja un sueño mal vivido.

—No llore, Katherine...—Bill se llevó la mano al bolsillo y sacó una abultada cartera.

—¿Qué hace con esa cartera en la mano? ¿Está por mostrarme el retrato de su esposa e hijas?...

—Pienso volver a Hollywood para tratar de conseguir mi antiguo empleo otra vez...

Como ella, no contestara, se acercó posando la cartera en su falda.—¡Ábrala!—pidió. Había billetes de banco en su interior, dos o tres tarjetas de visita y un «brevet» de piloto. Las tarjetas llevaban un nombre «Norman Dickinson» y una dirección en Park Avenue.

—Hay setecientos tres dólares exactamente—dijo Bill.

Ella le dirigió una mirada asustada:—Entonces... usted no es quien dijo ser...

—Yo soy quien soy y el señor Norman Dickinson es también lo que Dios quiso que fuera. Recogí esta cartera en la calle, poco antes de que usted me recogiese a mí.

—Pero... pero... conociendo el nombre y la dirección, ¿qué puede usted hacer?

—Esto...—con no menos de dos tentativas, porque sus manos temblaban horriblemente, Bill sacó tarjetas y «brevet» de la cartera y les arrojó al fuego; después se guardó el dinero en el bolsillo:—¿Sigue aún recordándolo a Bill, que era tan bueno?

—Ahora me parece usted... usted mismo.

—Entonces... no le importará que me despida, ¿verdad? Son las seis ya...

DESDE
PARIS

Tanteando en mitad de las sombras

por Eduardo Avilés Ramirez

Los «ahijados de Rodenbach».—Maeterlinck puso ya un pie en el misterio.—La poesía, la filosofía, las ciencias naturales vistas a través de un temperamento extraordinariamente sensible.—La muerte como una idea fija en el cerebro, a manera de una espina enterrada en la mano.

MAETERLINCK acaba de cumplir 77 años. Y uno se pone a recordar...
Fué en 1886 que Rodenbach descubrió a los que andando el tiempo serían conocidos en el mundo de la poesía con el sobrenombre de «ahijados de Rodenbach»: Charles Van Lerberghe, Maurice Maeterlinck y Grégorie Le Roy, los tres hijos de la adorable y apacible ciudad de Gante, en Bélgica.

Pero fué Maeterlinck quien estaba señalado para la celebridad mundial, quien aparecería a las generaciones futuras como aureolado por una leyenda, él quien, de los tres, monopolizaría los ímpetus iniciales y afirmaría la vocación de los tres.

Obra intensa y varia, la suya. Desde aquella pequeña edición de «Serres Chaudes» de 1889, a su «Grande Porte», su último libro, el lector maeterlinckiano encuentra una cincuentena de libros de poesía, de obras de teatro, de volúmenes de filosofía, y—¿cómo decirlo?—de inquietud, de misterio, de escalofrío, de tanteos en la sombra.

A los 77 años el poeta escribe algunas confesiones. Por ejemplo, en forma definitiva nos dice que, a pesar de haber pasado su vida interrogando el gran misterio que envuelve al Hombre, no lo ha encontrado. Ninguna solución le ha sido posible encontrar, ningún resultado luminoso y claro. La sombra sigue reinando en torno de él, espesa y preñada de sugerencias, de fórmulas, de fantasmas. «Y creo que así sería aunque pasaran otros Katherine se interpuso entre él y la puerta.
—Espere... No puedo dejarlo ir...
—Es usted muy buena, pero vivimos en calles distintas...—trató gentilmente de separar la mano de ella apoyada en su brazo;—yo soy un ladrón... Con este dinero en el bolsillo y sabiendo la dirección del que lo perdió «soy» un ladrón.
—¡Tú un ladrón!—sollozó Katherine.—¿Por qué te has infamado a tí mismo si sabes que algún día devolverás ese dinero?

Con los ojos llenos de lágrimas lo contempló im-

77 años dedicado a buscar la solución de ese misterio».
—En uno de mis dramas para marionetas—confiesa—«La muerte de Tintágiles», aparece una muchacha que yo llamo Hermana Igraine, que se desgarraba las manos golpeando una enorme puerta, sólida, inexorable y sin ecos, detrás de la cual agoniza su hermanito que la muerte vino a buscar... Nosotros todos estamos delante de esa puerta que no separa solamente la vida de

plorante:—No me dejes, Bill... Sólo tú puedes salvarme del abismo... Sólo tú... que te pareces tanto al otro... El destino te ha puesto en mi camino...
—hablaba en forma incoherente, pero la tragedia palpaba en su acento.—Hay un hombre que me persigue, que no me deja vivir, respirar. Ahora no está aquí, pero cuando vuelva me obligará a ceder a sus pretensiones porque el último céntimo del poco dinero que me dejó Howard se ha ido hace rato y todo esto—abarcó la habitación en un amplio gesto—estará pronto en manos de los acreedores... Ahora, si

la muerte, sino también el pasado del porvenir, lo nocido de los desconocido y el hombre de su Dios, he adolorido mis palabras y mis pensamientos, Igraine se desgarraba las manos. Pero la puerta no ha abierto...
¡Confesión dolorosa entre todas! ¿Qué hacer entonces?
—Puesto que no podemos alcanzar a Dios—

te quieres ir, vete. El nuestro ha sido un curioso terludio, ¿verdad?
La estación central estaba llena de gente. Un sin abrigo y sin guantes y una muchacha sencillamente se detuvieron en la ventanilla de la letería.
—Dos boletos y un compartimiento a Los Angeles para el tren de las siete—pidió el joven.
—Tendrán que apurarse ustedes—dijo el empleado.
La muchacha rió feliz:—¿Qué importa nada de la trera más o menos cuando se persigue a la felicidad?



Apunte especial a pluma, de Ricardo Marin.

MUY BREVES

EN LA ADUANA.

-Su nombre señora?
-Catalina Ninsky.
-Su edad?
-4 años.
-Casada?
-Todavía no.

(Wroble Da Dachy, Polonia)

CONYUGAL.

El marido. (a su suegra y su mujer) Cuidado; si alguien impacientándose va a llegar un momento en que surgirá en mi todo lo que hay de animal.

La esposa. Entonces, mamá, tengamos cuidado; todos el miedo que tu y yo tenemos a las ratas.

MEDICA.

Doctor. Tiene Ud. que agradecer a su fuerte constitución principalmente el hecho de que haya sido capaz de vencer a esta enfermedad.

Paciente. No podría usted doctor, recordar esto cuando me pase la cuenta. (Hamburgerer Illustrier-)

MUSICAL.

La dama. —Que hermoso es todo lo de Bach. El señor, está componiendo todavía nuestro vals Bach?

El músico. —No, señora, no está componiendo y creo que ha terminado de descomponerse.— (Two and Country).

EPITAFIO.

Un famoso pero fatuo escritor visitaba un día a un gran escritor del pasado y mirando a una estatua conmemorativa en la puerta dijo a un amigo que lo acompañaba:

—Fui a veces en lo que van a inscribir en la lápida de mi casa cuando yo muera.

—Muy sencillo, «Se arrienda». (Vu).

ASOMBROSO.

La Liga Atlética Infantil hizo una encuesta entre 1000 niños y niñas de Nueva York. A la pregunta: «Cuál es el hombre más amado del mundo?» por ciento contestaron el Presidente Roosevelt, por ciento Dios, 15 por ciento Washington y otro tanto Lincoln. El 47 por ciento de las niñas dijeron Roosevelt.

A la pregunta: «Cuál es el hombre más odiado del mundo?» contestaron por gran mayoría que el primero era Hitler, el segundo Mussolini y el tercero el Demonio... (Colliers).

UN CENTINELA DE HITLER

En la revista las fuerzas en el frente de Checoslovaquia recién conquistada, se enfrenta con el soldado que tiene más cerca y le pregunta:

—¿Qué tratamiento tiene un general?

—Un general... Vucencia.

—¿Y qué tratamiento tiene un coronel?

—Un coronel tiene tratamiento de Usia.

—¿Y qué tratamiento tiene un simple soldado?

—Caminemos como ciegos alrededor suyo...

LA MANO QUE TANTEA

Maeterlinck es eso: una mano sensible, una mano que tantea en la sombra, tratando de tocar la realidad sólida. La suya es una mano fina, como una antena. Mano que tiene ojos. Mano que tiene pies.

Mano que comienza por decirse a sí misma, antes de comprender el viaje de tanteos en el imperio de las sombras: «Saber primero qué soy, en dónde estoy, dónde vengo, a dónde voy, porqué estoy aquí...»

Una mano que se dice: «Lo que no creemos claro es que no interrogamos suficientemente»...

Una mano que se repite: «No es posible que todo lo que nos rodea carezca de finalidad: tratemos de ir más adentro, más adentro, hasta coger por los cabellos alguna verdad-clave»...

COMO ES EL HOMBRE

Me parece estarlo viendo cuando lo conocí. Ibamos a visitar a Enrique Gómez Carrillo, una mañana de noviembre, gris, barrida con la escoba de los vientos que venían del norte.

Mediatamente después del féretro venía Maeterlinck, el sombrero de fieltro en la mano, los mechones blancos de la testa sacudidos por el viento, empujando todo él, hasta el cuello, en un abrigo gris, fio-

jo. Caminaba lentamente, mirando las calles de París, «de este París que tanto amaba Gómez Carrillo», según nos diría después.

Acaba de cumplir 77 años, pero todos los días boxea.

No, no os asustéis. He escrito bien «boxea». Porque Maeterlinck es un maravilloso poeta del misterio, autor de obras casi irrealizables a fuerza de ser aladas, padre de personajes frágiles a fuerza de ser espirituales, pero no desatiende jamás, ni un solo día, su ejercicio físico. Y el ejercicio físico de Maeterlinck es el boxeo.

Lleva una vida sana, frente al Mediterráneo. Viene poco a París. Lee. Escribe. Recibe pocas visitas.

Cartilla Histórica de la Salud

Por FISHER BROWN y NAT FALK

COPYRIGHT 1930—HEALTH NEWS SERVICE, INC.

1.—Preceptor de Filosofía de la familia real francesa. Sus experimentos de descargas eléctricas realizados en 1753 por medio de tubos de vacío, fueron el comienzo del descubrimiento de los rayos X

2.—Si no fuera por tal protección, la presión sobre los vasos sanguíneos y nervios sería demasiado grande y la textura, incluso huesos y músculos, tampoco la resistiría.

3.—Se empleaba como ración en el Ejército y se le consideraba como un alimento exquisito. La ciencia ha confirmado desde entonces la bondad de semejante ración.



2. ¿POR QUÉ ESTÁN PROTEGIDAS LAS PALMAS DE LAS MANOS Y LAS YEMAS DE PIEL?

1. ¿QUIÉN FUÉ EL ABATE NOLLET?



3. ¿CÓMO USABAN LOS ROMANOS EL QUESO?

miento tiene? Tú, por ejemplo, que tratamiento tienes? ..

—A mí... las personas educadas me tratan de usted... y las que no lo son me hablan de tú.

DE LA ESPAÑA DE FRANCO VIENE ESTA ANECDOTA

Empezaba la Semana Santa de 1938 y el gobierno de Negrín trataba por todos los medios de hacer ver al mundo que la libertad religiosa existía en la zona de su jurisdicción. Como dicha Semana Santa coincidiese con la llegada a Barcelona de una Comisión extranjera que precisamente iba a investigar lo relativo a la libertad religiosa, Negrín dió las órdenes pertinentes para que dicha comisión, en su visita a la ciudad condal, saliese convencida de que allí no sólo se decía misa, sino que hasta inclusive los servicios de Semana Santa se celebraban con sus correspondientes sermones.

Pero lo difícil era encontrar un sacerdote para «salir del paso». En el frente de Lérida estaba, como capitán de una compañía de milicianos, «Pepe el Algarrobo» que en su infancia había sido monaguillo durante muchos años y que al decir de las gentes sabía de cosas de iglesia más que muchos que desfilaron por aulas de un seminario. Y a «Pepe el Algarrobo» le fué confiada la misión de decir una misa en honor de los comisionados extranjeros, y por si era poco pronunciar también el

sermón de la Pasión.

Y que no era tonto el tal «Pepe el Algarrobo» lo prueba el que dijo misa sin inmutarse en lo mínimo, si bien los oyentes observaron que a la hora de beber la sangre de Cristo, se relamió de gusto ni más ni menos que un gato ante un plato de pescado. Empezó su sermón «Pepe el Algarrobo» y con facilísima oratoria fué enumerando las fases de la pasión, en forma tan a lo vivo, que a los cinco minutos de su peroración la mayor parte de las mujeres lloraban a lágrima viva.

Y aquí entra la genialidad de «Pepe el Algarrobo». Viendo los estragos que su sermón estaba causando en la concurrencia, consideró conveniente «dar marcha atrás» y añadió como consuelo para sus oyentes: Pero no debéis afligiros ni sufrir pensando lo que sufrió Dios Señor. Tened en cuenta que eso que os acabo de narrar paso hace mil uovecientos treinta y ocho años... y a lo mejor puede no ser verdad...»

ARTE

El Director de una película al galán: «No ponga esa cara triste ni muestre ese aspecto desolado en los momentos en que conduce a su novia al altar. Recuerde que no se trata de una boda de verdad.—(Neus Wiener Journal).

perdese entre los cabellos de nieve sedosa. En la boca, un ligro rictus ¡ah muy ligero! La oreja fina, sensible, para atrapar el vuelo de los ruidos más astrales. Los cabellos como un cono de nieve cubriendo un volcán.

EL PODER ENCANTATORIO

La muerte es, en la obra de Maeterlinck, como una idea fija que atraviesa el cerebro, a manera de una espina enterrada en la mano.

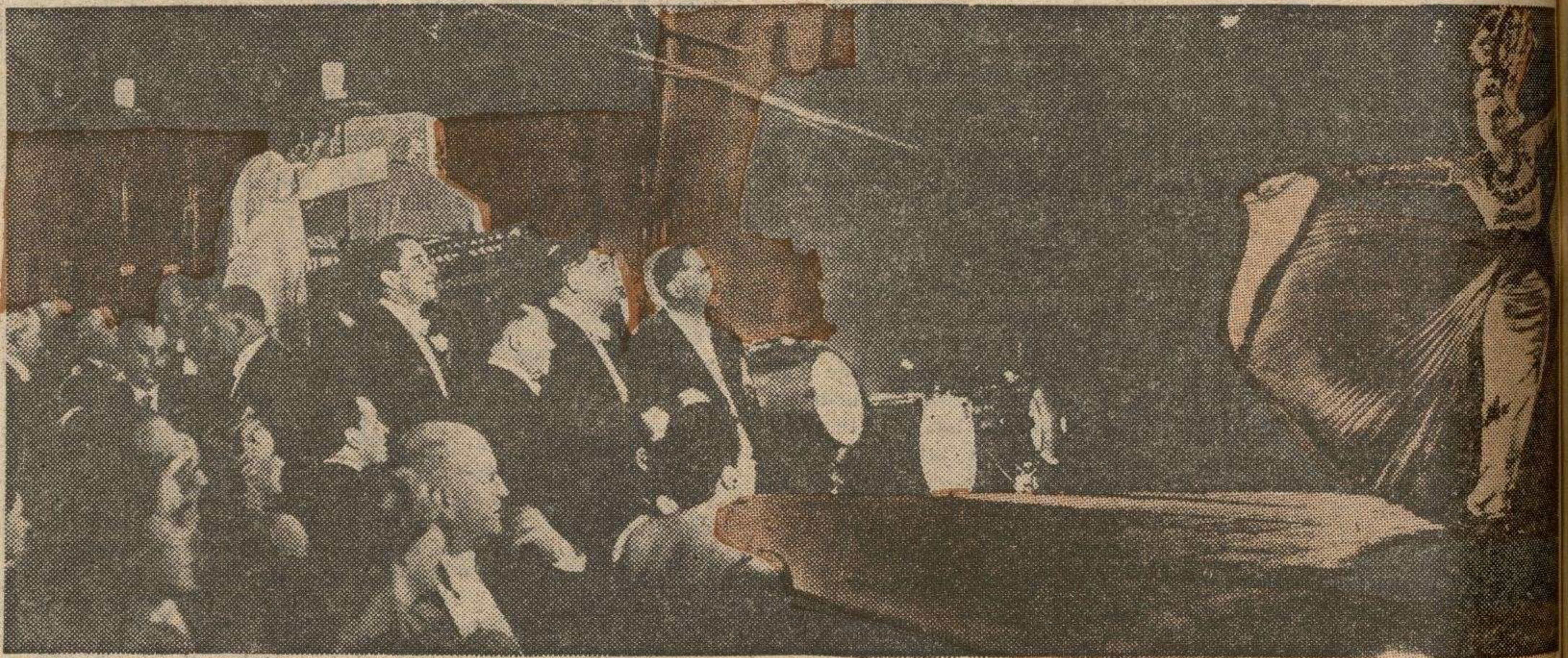
Pero toda esa obra—toda esa espina—está aureolada de un misterioso poder encantatorio. Cuando descendemos demasiado a la obra poética moderna, que peca por su realismo excesivo, carne a carne y tierra a tierra, sentimos la nostalgia de la poesía de Maeterlinck. Su mano sigue tanteando en la sombra:

J'ai marché trente ans, mes soeurs,
Et mes pieds sont las,
Il était partout, mes soeurs,
Et n'existe pas...

La mano seguirá tanteando hasta que llegue la muerte.

Sus pies seguirán marchando hasta que llegue la muerte.

La muerte, su hermana...



NO pasarán varios años antes de que la gente tenga que desprenderse de sus lujosos receptores de radio para adquirir los aparatos que le traigan, no sólo el sonido sino también las escenas de los sucesos más importantes ocurridos durante el día. Desde hace mucho tiempo, los técnicos en radio dicen que la televisión marcha a pasos agigantados y que no está lejano el día en que será una hermosa realidad. En la actualidad, la perspectiva de encontrarse tranquilamente sentado en la butaca del hogar y ver y oír los partidos de fútbol, golf polo o una representación teatral, no es ya una utopía. En varias ciudades de Europa, tales como Berlín, Londres, París y Roma, un auditorio que aumenta día a día disfruta las maravillas que brinda la televisión, como veinte años atrás lo hacían con las que brindaba la radio a los escasos poseedores de receptores a galena.

Berlín y Londres comparten el honor de ser las ciudades donde la televisión ha alcanzado mayor desarrollo, debido al apoyo oficial que se les presta. En la capital inglesa la Compañía Británica de Broadcasting tiene instalado en el Alexandra Palace una estación experimental de televisión donde se ensayan los dos sistemas de televisión que se conocen: el de Guillermo Marconi y el del escocés John Logie Baird. Dicha empresa ha invertido hasta el presente en la instalación más de 5.000.000 de dólares. Los dos sistemas de televisión han sido llevados a la práctica, y en el Alexandra Palace se hallan instalados dos equipos transmisores. Ambos sistemas están perfectamente bien desarrollados, por lo que los técnicos creen, fun-

La televisión, una utopía cada vez menos utópica

En un futuro más o menos próximo podremos «ver» desde casa un partido de fútbol en Londres o una presentación teatral en el Scala de Milán.

Por G. BRUNETTI

dadamente, que adaptando ciertas ventajas que uno de los aparatos lleva al otro, o a la inversa, las transmisiones de televisión serán tan perfectas como la proyección de una película cinematográfica.

Las actuales limitaciones no se concretan a la toma de las escenas a transmitir, sino al metraje de onda a emplearse. Los especialistas en televisión tratan de vencer ciertas imperfecciones de la transmisión debido a la frecuencia en que deben transmitirse las imágenes, así como también el sonido. Sabido es que cuanto más alta es la torre de transmisión más lejos llega la onda, y ello ha crea-

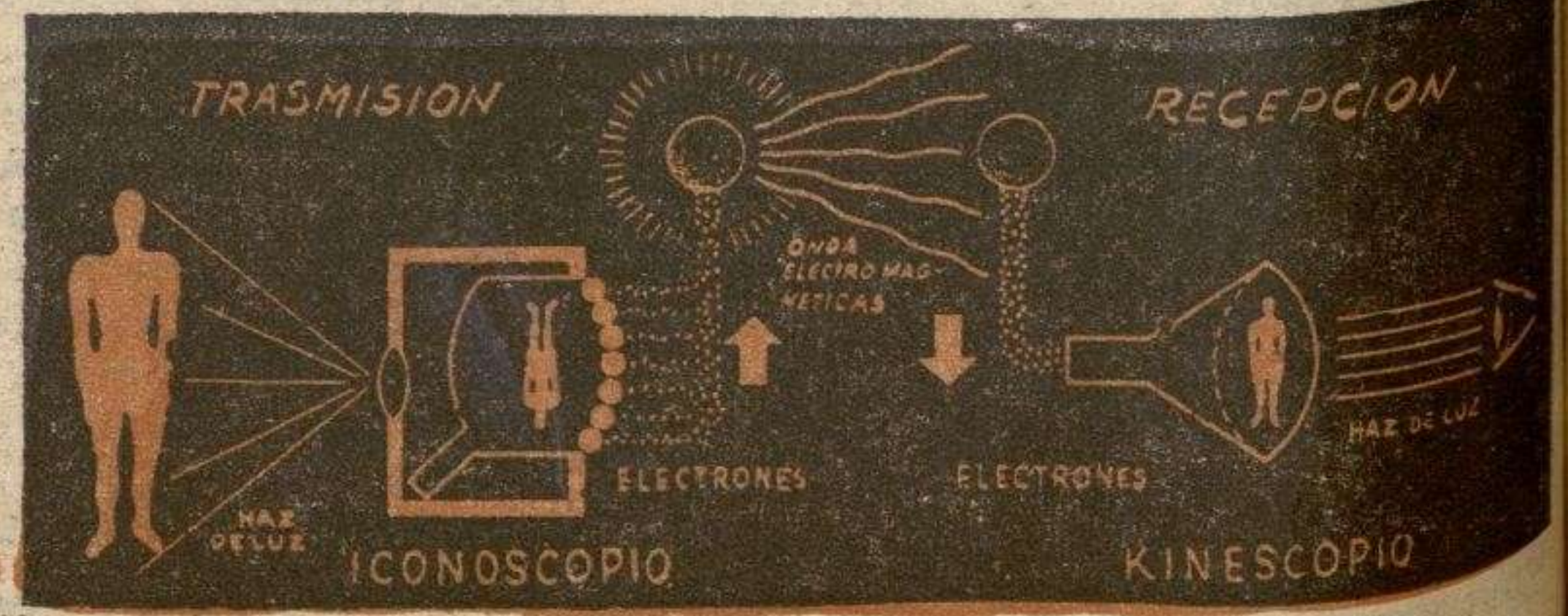
do ciertas dificultades que, lógicamente, necesitan ser estudiadas a fondo para encontrar la forma de eludirlos. Los ingleses han instalado una torre de transmisión que se eleva a más de 300 pies. Las transmisiones realizadas últimamente han permitido captarlas en Manchester, ciudad distante unos 320 kilómetros de Londres. Como las transmisiones se efectúan en ondas cortas, hace un par de meses pudo recibirse en Nueva York, con ciertas imperfecciones, una transmisión de televisión desde Londres, lo cual viene a confirmar que existe una zona de silencio y muro de contención a las imágenes a no más de 400 kilómetros del lugar de la transmisión, y que luego vuelven a aparecer a considerable distancia las ondas portadoras de la imagen y el sonido.

Con motivo de las olimpiadas de Berlín se efectuaban diariamente interesantes transmisiones de los actos deportivos, que eran vistas desde diversos salones de Berlín y localidades limítrofes. También en Londres se realizó últimamente una transmisión de un partido de golf por el campeonato de Inglaterra, la que fué vista y oída por numerosas personas que se habían congregado en el Alexandra Palace. En una pantalla fluorescente de cuatro pies cuadrados de superficie se observaban simultáneamente a los jugadores y público, escuchándose los gritos de éstos, dando así al espectador la impresión de estar presente en el campo.

La televisión es algo cada vez más perfeccionado. He aquí un receptor-proyector para imágenes de tamaño cine casero. Puede observarse al fondo la nitidez de la escena.



Las ondas ultra cortas lanzadas al horizonte llevan las señales de televisión en una línea recta. El radio de la «broadcasting» depende de la altura de la mayor o menor antena utilizada.



Para enviar una figura por televisión se transforma la imagen de un objeto en electrones, en el iconoscopio (cámara), y se la irradia en ondas cortas desde la antena. El receptor invierte este orden.



Esta Tahia Sharman no parece muy descontenta del modelo especial de receptor para televisión que le han regalado y que es igual al exhibido en la exposición anual de Radio de la capital de Gran Bretaña

Es de hallarse en el mismo lugar donde se realizaba el cotejo. La cámara que capta dichas escenas es lo que la compañía Marconi llama «emisor». Este tiene el aspecto de una máquina productora de «films» y posee en la parte delantera un tubo grueso. El «emisor» se halla montado en un trípode con ruedas, por lo que se le puede llevar de un lugar a otro con gran rapidez, como si se tratara de una cámara cinematográfica. El «emisor» toma las impresiones de las escenas y los ruidos que se producen, y luego por un cable grueso que sale de su parte baja va a un amplificador montado en otro pequeño trípode. El operador enfoca el «emisor», aprieta un botón e inmediatamente comienza a «tragar» las escenas y el sonido, que luego son amplificadas y de allí van a la torre de transmisión, de donde son enviadas al aire para luego ser captadas por los receptores. Lo que hay dentro de la cámara de televisión es una sensible plancha mosaico, donde van a parar las escenas que se toman, y allí quedan convertidas en una sucesión extremadamente rápida de cargas eléctricas o señales, que no son más fuertes que dos milésimas de un voltio. Tan sensible es la plancha citada, que el aparato puede ser usa-

do a la luz del día o en los estudios cinematográficos o montados como tales, y las personas que van a ser «televisadas» no tienen necesidad de ser sometidas a un maquillaje especial. La corriente extremadamente baja, por la cual las variaciones de luz de las escenas que se propalan se convierten en impulsos eléctricos, como queda expresado más arriba, debe ser amplificada un millón de veces antes de que pueda ser transmitida. La primera etapa de la amplificación está en la propia cámara, de modo que la corriente eléctrica necesarias para producirla debe ser lo bastante fuerte como para conducir con gran rapidez las escenas descompuestas en ondas eléctricas hasta la sala de transmisión y de allí a la antena, para ser enviada al éter.

Esta antena consiste en una serie de ocho hilos comparativamente cortos que cuelgan en forma vertical alrededor de la torre en forma de octógono. El largo de onda que se emplea en la transmisión de las escenas es de 6.67 metros, extremadamente corta comparada con la de las estaciones comunes, que es de 200 a 600 metros, y con las de ondas cortas, que transmiten en 19, 25, 31, 42 y 49 metros. Sobre esta antena está un dispositivo similar de hilos que es utilizado para la transmisión del sonido, que se hace en el mismo metraje utilizado para la transmisión de las imágenes. Vale decir entonces que al sintonizarse el receptor en el metraje establecido para captar las emisiones de televisión se recibe también la palabra o la música.

Todo lo dicho está relacionado con el «emisor» de Marconi, pero cuando los ingenieros de televisión quieren retener una escena como una cámara cinematográfica, deben recurrir al invento de Baird. En éste hay un pequeño «film» que carga la cámara de televisión, registrando de esa forma las escenas en una película, exactamente igual al cinematógrafo. Un pequeño aparato permite la transmisión de las escenas registradas en dicha película dentro de los 30 segundos de la captación de aquéllas. El sonido es registrado por el televisor de Baird en un negativo y en el mismo periodo ne-



Una escena «televisada» directamente. Se trata de un número de danza que los receptores de televisión, instalados en salones contiguos al escenario, reproducen a considerable distancia, exactamente igual a la forma que muestra el grabado

cesario para transmitir las imágenes, o sea, 30 segundos, es propalado el sonido. Seguidamente imágenes y sonidos son convertidos en impulsos eléctricos, y éstos son transmitidos a la estación y de allí al éter.

Los receptores de televisión que se venden en Europa son exactamente iguales a los empleados para radiotelefonía, con el agregado de una lámpara de rayos catódicos que refleja la luz en una pantalla fluorescente incrustada en el frente del receptor, en el lugar que antes ocupaba el altavoz. Lante colocado a un costado del receptor. Resulta entonces que el poseedor de un receptor de televisión, cómodamente arrellanado en un sillón del hogar, asiste a la reproducción de la escena de una comedia, como si estuviera en un teatro.

Pensamientos

Es preferible el agua fría de la indiferencia al agua espumosa de la obligación.

—oOo—

En un globo que asciende rápidamente hay dos hombres. Uno mira a la tierra que se aleja más y más. El otro a las estrellas que se acercan más y más.

—oOo—

Todo lo que hace la educación hoy día es desarrollar la memoria a expensas de la imaginación.

—oOo—

La razón porque los doctores no se recetan entre ellos es que saben que no pueden enviarse la cuenta.

—oOo—

Nuestros amigos más estimulantes son los que generalmente están en desacuerdo con nosotros.

—oOo—

Una voluntad firme es carácter. Un no firme es obstinación.

—oOo—

Un hombre de negocios moral es el que nunca falta a su palabra sin antes consultar a su abogado.

—oOo—

No, mi buena amiguita, no es un crimen haber besado mujer; es solamente una falta.

—oOo—

El carácter es preocupación de importancia sólo para la gente que no lo tiene.

o o o

La gente que se riñe es la que no sabe discutir.

o o o

La mujer que pierde la paciencia pierde también la admiración de su marido.

Dice un filósofo inglés que el mejor consejo para el hombre es que se case primero con su segunda mujer.

La gente que nunca mira al futuro, jamás llega a él.

No trates de convencer a un hombre vulgar de que no es tan inteligente como él se imagina.

Las bendiciones caen sobre el que da, no sobre el que recibe; pero todos nos inclinamos a dejar que las bendiciones vayan a otro.

No hay nada más fácil que darse a la pereza y nada más difícil que desprenderse de ella.

Puede que el tiempo sea dinero, pero ningún cobrador lo recibe.

Hay una forma de egoísmo que es común a todas las mujeres casadas; todas se niegan a compartir el placer de tratar mal a sus maridos.

El exceso es la característica del vicio; hay siempre proporción, moderación y control en la verdad, la belleza y la bondad.

Si los amigos de un hombre no descubren que está enamorado, es porque no lo está.

MUY BREVES

PELIGROSO

El Reverendo Paul Johnston, de Princeton, New Jersey, refiere la historia de un joven empleado que un día fué llamado a la oficina de su jefe. «De todos mis empleados, le dijo el jefe, es usted, Freeman, el que muestra mayor interés en su trabajo. Todas las horas de labor le parecen a usted pocas y no hay detalle al que no dedique usted la mayor atención».

—Así es, señor, respondió Freeman, feliz, anticipando lo que debería venir.

—Sí, continuó su jefe, y por lo tanto me veo en la necesidad de despedirlo a usted. Son esta clase de jóvenes como usted los que aprenden aquí cómo se maneja este negocio y luego se van a instalar uno en competencia. (The American Legion Magazine).

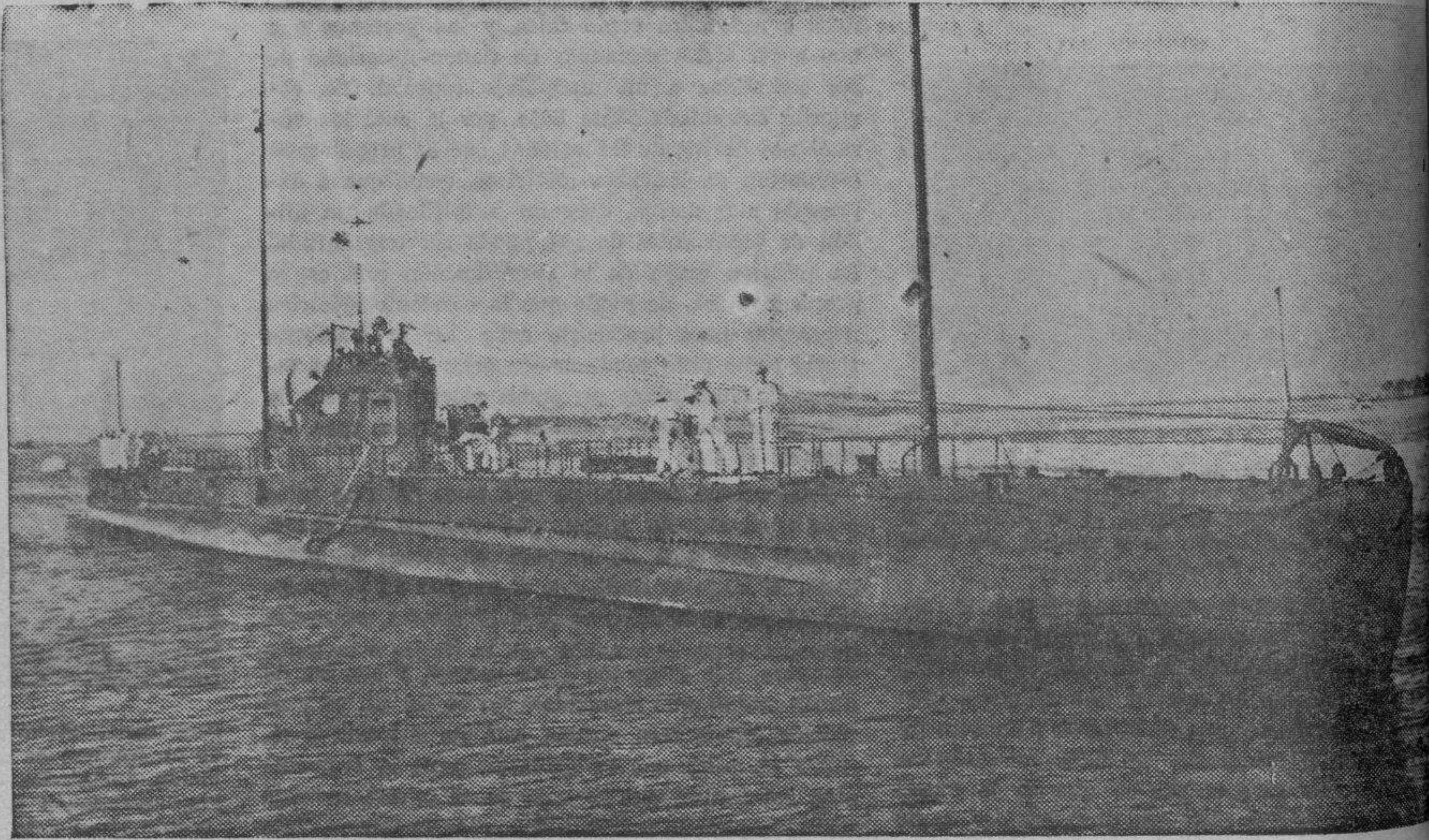
FUTIL

Dora (contemplándose al espejo).—Ojos de cielo, dientes como perlas, cabellos como oro, voz que parece un canto de ave y ni una sola invitación de un solo muchacho para toda esta semana. (Ken).

HITLEREANA CONYUGAL

Ella. (Después de escuchar el discurso de Hitler sobre las necesidades de expansión territorial).— Mi buen marido, desde mañana dormí sola en esa cama ancha. Yo también tengo necesidad de mi «espacio vital». (Vu).

El submarino francés perdido en el tercer desastre de esa clase ocurrido en menos de un mes. He aquí el submarino francés «Phenix», que se hundió frente a las costas de la Indo-China francesa llevando a la muerte a sus setenta y un tripulantes.



¿Hubo sabotaje en el hundimiento de submarino francés "PHENIX"?

EN un período de veintitrés días, tres submarinos pertenecientes a las tres grandes potencias que forman el bloque de las democracias, han ido a parar al fondo del mar, con una pérdida de ciento noventa y seis vidas. El 23 de mayo, frente a la costa de Portsmouth, estado de New Hampshire, se hundió el submarino norteamericano «Squalus», pereciendo 26 de sus 59 tripulantes.

Poco más de una semana después, el primero de junio para ser exactos, naufragaba también en el mar de Irlanda, a cuarenta millas de Liverpool, el sumergible inglés «Thetis», llevando a bordo una tripulación de 103 hombres, de los cuales sólo se salvaron cuatro. Por último, el 16 de junio supo el mundo la noticia de que otro submarino, esta vez francés, había sido incapaz de volver a la superficie tras de haberse sumergido durante unas prácticas. Se trataba del «Phenix», que operaba frente a las costas de la Indo-China francesa. Sus 71 tripulantes perecieron todos.

Se habló de sabotaje, ya que no deja de ser extraño que fueran, de las siete grandes potencias del mundo, las tres naciones que continúan teniendo regímenes democráticos las que sufrieran los percances. Pero cuando se consideran las circunstancias de los naufragios, así como las distintas y lejanas regiones en que tuvieron lugar, se llega a la conclusión de que todo no pasa de ser una mera coincidencia.

Si algo prueban los dramáticos hechos, es que la Armada norteamericana está mejor preparada que la inglesa y que la francesa, para hacerle frente a esos embates de la adversidad, ya que de los 59 tripulantes que llevaba el «Squalus», 33 fueron salvados por la campana o cámara de salvamento, un aparato que actualmente sólo ha

perfeccionado y posee la escuadra del Tío Sam. Si el accidente sufrido por el «Squalus» hubiera sido semejante al del «Thetis», es decir, si una parte de su tripulación no hubiera muerto ahogada por las aguas que inundaron su cámara de torpedos en cuanto se sumergió el submarino, todos los tripulantes del buque yanqui hubieran sido salvados. En otras palabras, si la Armada inglesa hubiera dispuesto del aparato norteamericano para el salvamento de los náufragos del «Thetis»—todos los cuales estaban vivos al quedar prisionero el buque en el fondo del mar—la mayor parte al menos de esos noventa y nueve tripulantes muertos, no hubieran perecido.

El submarino inglés disponía de escotillas de escape y de esos aparatos llamados pulmones de escape, con los cuales pudieron llegar a la superficie y salvarse cuatro de sus ciento tres tripulantes. Pero el sumergible francés «Phenix» no poseía ni las unas ni los otros, con lo cual el hado de sus infelices tripulantes quedó resuelto en cuanto el buque siniestrado descendió al fondo del abismo.

Aunque nada se puede asegurar respecto a las causas que produjeron los hundimientos, en los casos de los sumergibles norteamericano e inglés, mientras no se les devuelva a la superficie, el siniestro del «Squalus» se achaca al mal funcionamiento de una válvula de admisión de aire de esas que tienen la misión de airear los motores Diesel y distintos compartimientos de un submarino, durante su permanencia en la superficie. El hundimiento del «Thetis» se atribuye a que se quedó abierto uno de los conductos o tubos de los torpedos, por donde el agua se precipitó a la proa durante la maniobra de inmersión.

Respecto a las causas que provocaron el siniestro del submarino francés, el Ministerio de Marina de Francia ha exteriorizado la creencia de que se debió al choque del sumergible con una roca submarina y desconocida. Según esta teoría, el «Phenix» debió abrirse por debajo, volviéndose inmediatamente hasta una profundidad de cerca de cien metros y causando la muerte también inmediata de sus setenta y un tripulantes.

De confirmarse, si es que se puede confirmar tal creencia, ello pondría de manifiesto que no hubiera sido posible salvar a los náufragos franceses ni con la campana de salvamento de los norteamericanos ni con el pulmón liberador que utilizaron los ingleses.

Los rumores de sabotaje en el submarino francés parece que tuvieron su inicio en la creencia de que hace seis meses el «Phenix» se vio obligado a retornar a puerto debido a averías que habían sufrido sus máquinas. Por otra parte, la versión del posible choque del sumergible con una roca oculta, se debe al hecho de que una gran capa de aceite cubría las aguas del mar en una extensión de seis millas, en el lugar en que se cree que se hundió el submarino.

El ministro de Marina francés ha anunciado que todos los planes de la Armada, en lo que se refiere a submarinos, han sido alterados con el fin de dotar a dichos buques de las escotillas de escape que les permita usar la cámara de escape que poseen ingleses y yanquis por haberse anunciado también que el Gobierno de los Estados Unidos estaba dispuesto a ceder al francés el uso de la célebre campana que salvó a los náufragos del «Squalus» que no perecieron en el primer momento.



José Nucete-Sardi.

En torno al ambiente literario y periodístico de Venezuela

Por José Nucete-Sardi

mentos batalladores. No le quedaría mal el calificativo de virginal ya que se ha hablado también de su virginidad sexual, lo que pudiera ser una clave para sus historiadores.

Era un contemplativo y esto en su caso, como el apasionamiento excesivo en el de Juan Vicente González—que por contraste caía en timideces—fue la causa de que la acción de ambos quedase trunca, sin desarrollar el sentido realista de Alberdi o de Sarmiento, quienes si también cayeron en errores y excesos de pasión, supieron a la vez, en determinados momentos, dejarse influir menos por los personalismos.

Acosta tuvo más alto espíritu crítico que González y su educación clásica predominó sobre algún impulso romántico, llevándolo a cierto positivismo que lo ponía más cerca de las necesidades del medio. La filosofía social, el mejoramiento y adelanto de las clases pobres, el sacudimiento de «toda traba que pueda embarazar la legítima libertad física, moral, económica, intelectual y de derecho en su más amplio desarrollo»—para decirlo con sus propias palabras—fueron preocupaciones de su espíritu civilista, pero no llegó con su doctrina al campo de las realizaciones. Proclamó su odio «a las revoluciones que destruyen y atrasan» y confió en la evolución, en la transformación, en la asimilación de las sociedades; pensó con avance que «la ciencia del gobierno es ciencia experimental y que como todas las que se hallan en su caso es ciencia

progresiva», pero su acción como la de González, que tan viva, bizarra y apasionada fue en el periodismo, se perdió en la incompreensión. Sin haber logrado el impulso requerido, la obra de ambos queda—como la de la mayoría de nuestros hombres de letras—trunca, vencida, pero debe ser admiración y lección para las clases directoras, que no han de olvidar el examen de ese desequilibrio entre el hombre-ciudadano y el intelectual, que los llevó al drama de su fracaso en la actividad social y política.

En la vida de González la contradicción se hace notable, exasperante en plena lucha, cuando lleno de fervores bolivarianos, por ejemplo, tiene que asirse por imposición de la política al partido de Páez, para más tarde renegar de él y apostrofarlo con dolor y frase lapidaria. Dolía al escritor haber seguido al centauro y haberlo glorificado con su pluma. Abatido, entristecido, pero lleno de furias, declara que ese es su crimen «que he llorado y espiado largamente» nos dice.

Cuando regresa el caudillo envejecido, su voz lo saluda con la violencia acostumbrada: «La mano de Dios se ha endurecido—clama—sobre la cerviz del viejo impenitente. Hele aquí que ya llega a rehacer la historia, a destruir la fábula de nuestro cariño, a morir en la infamia después de haber vivido en una gloria impostora».

Su acción se va en plena contradicción con sus propios ideales, como la de muchos hombres de su época y de nuestra contemporaneidad. Su lucha interior es desgarrante y su exaltación se hace aguda. Es una fuerza impetuosa, ciega, en contrastes continuos y con desequilibrios sorprendentes. Su fuerza se hace impotente y se desborda en trenos y en apóstrofes. Su ímpetu alcanza lo sombrío y sus generosidades y sus odios pasan en vuelo romántico.

Y así muchos de nuestros escritores más notables son víctimas del desequilibrio señalado. Sin duda, que en nuestro pasado, entre los más altos exponentes de cultura hay uno que sobresale por su armonía, por el equilibrio que existe entre el hombre y el escritor, entre su pensamiento y su acción: Andrés Bello. Es el representativo de un momento creador en América. No sabemos cómo hubiera desarrollado su acción en medio tan poco propicio como el venezolano en su época, pero su iniciación en ese medio marca ya el equilibrio que deberá conservar. Tal vez se hubiera asemejado a Miranda, que dió lo mejor de su acción fuera de la patria y vino a ella en noble esfuerzo, pero a la hora crepuscular, poco propicia para la acción indomable.

De todos modos, Bello, en el medio americano que escogió hizo culminar su armonía constructiva, tan viva a lo largo de su vida, alongada más acá de la epopeya para hacer fructificar en América—forja de nuevos moldes sociales y humanos—la semilla sangrienta que veinte años de luchas habían sembrado.

En esta vida de Bello que el dolor hizo serena, que el estudio hizo apostólica, encontramos encarnada con toda su honda trascendencia, la significación luminosa y gloriadora de la palabra Maestro. En lo político y social es también educador y constructor. Su obra civilizadora continúa la acción libertadora en un mundo civil y cultural. Eleva su palabra y su ejemplo sobre las incompreensiones. Cuando la pasión de Sarmiento pide alguna vez que se le expulse del territorio chileno, su autoridad es tan alta que—simple ciudadano—llega a ser árbitro en controversias internacionales. Bello es un emancipador civil e intelectual que sabe continuar, sin embargo, una tradición—ésta es buena enseñanza—y sin violencias, adaptarla al medio americano. Lucha contra el revés encastillado en su sereno orgullo, en su equilibrio. Prudencia y fortaleza son cualidades que lo salvan en el triunfo o en la decepción. Es apolíneo. No habría exceso al decir que es el Goethe americano.

Pero, sino extraño el de estos grandes intelectuales nuestros. Unos, como Juan Vicente González, Fermín Toro y Cecilio Acosta acusan un desnivel perjudicial entre su pensamiento y su acción; viven una tragedia interior aumentada por la lucha entre la cultura y el medio inculto. Otros, presentan un desequilibrio desconsolador entre su personalidad moral y su personalidad intelectual—tal el caso de muchos intelectuales contemporáneos. Bello que alcanza un ritmo y una armonía en lo intelectual y en lo cívico, fue separado del medio por diversas circunstancias políticas y personales para dar el fruto lejos de nosotros, y su obra—esto es desconsolante—aún en nuestros días ejerce mayor acción orientadora en otros países americanos que en el nuestro. Mientras en ellos vive para la realidad actual, nosotros la olvidamos.

Preocupación de los intelectuales de América debe ser la de alcanzar ese equilibrio que implica autoridad, entre lo moral y lo intelectual, entre el hombre y el escritor, porque sólo así la labor será constructiva y ejemplar.

El modelo de esa armonía está en Bello, cuya vida y obra son lección perdurable para la consciencia americana y deben ser ejemplo y símbolo de una América civil.

LA mayoría de nuestros críticos políticos y literarios se han dividido con frecuencia en fanáticos de la loa o de la negación. También es verdad que la posición del hombre de letras en nuestros medios ha sido, por diversos factores, bastante difícil. Frente a la política no ha podido hacer, aún cuando le sobrase honradez, la misión que le correspondía y que desarrollaron escritores de otros países. Sin duda que el medio, con su desorganización social tiene en gran escala la culpa. Otras veces son los propios escritores los culpables. Tampoco nos organizamos para la defensa intelectual y económica. Quizá sea por aquello que alguien anotó certamente: «En América se dá entrada en los periódicos a gente de toda pluma...» Por lo general, no tiene el sentido profesional entre escritores y periodistas, ni la cohesión gremial que contrapesa en un momento dado la imposición de los dueños del poder a la explotación de los propietarios de empresas. Estos no tienen el sentido mercantil, pero de un mercantilismo sin visión periodística, sobre todo en Venezuela, donde excepción es el periódico que entienda en amplitud la palabra administrar. Falta la ética de la administración.

En este ambiente, la situación del escritor es angustiosa. El caso se extiende a la mayoría de los países tropicales. De allí que sea notable, con frecuencia, el desnivel acusado entre el pensamiento y la acción de muchos hombres de letras. Hay una gran contradicción entre la obra intelectual y la actividad ciudadana de muchos escritores.

A gran número de nuestras figuras intelectuales ha pasado, en múltiples ocasiones, esa leal consecuencia entre el pensamiento y la acción, entre el hombre y el escritor. Señalemos como ejemplo dos de nuestras más notables personalidades literarias del pasado: Cecilio Acosta y Juan Vicente González.

En la iniciación de nuestro desenvolvimiento republicano, actúan ellos en períodos poco distantes. Los daban condiciones de excepción para la tarea cultural y sin embargo, puede decirse que su acción fracasa frente al complejo político y social. Su fracaso, desde luego, tiene la atenuante del ambiente y de las pasiones de la época que les toca vivir.

González cuenta para que no alcance su obra la orientación deseada, con su apasionamiento entusiasta, con su exaltación ilimitada. Romántico y combato, su vida se desborda y cae en el exceso ineficaz. Acosta, espíritu más templado, ajeno a impulsividades, mucho más cultivado y comprensivo, fracasa por las mismas causas de ambiente ya señaladas y por una excesiva timidez. Su obra, sin embargo, es más constructiva. Su pensamiento más fecundo. Pero si la orientación de González es enfermiza, también lo es la de Acosta a quien encuentro algún parentesco con Amiel.

Podríamos oponer a estas dos figuras de la América tropical otras dos de la América austral: Alberdi y Sarmiento en la Argentina. Quizás la cultura intelectual de Acosta está por encima de la de aquellos, pero los dos argentinos supieron enfrentarse en pelea al medio: tuvieron más capacidad para la acción, más empuje práctico a la lucha. Tal vez influyó también para el mejor desarrollo de su acción el medio rioplatense, forjado por otras latitudes, para la lucha cívica, pues allí existió con mejor expansividad aquel factor de «los que sólo gozan el fruto de las adquisiciones de su lanza», como lo expresó el Libertador.

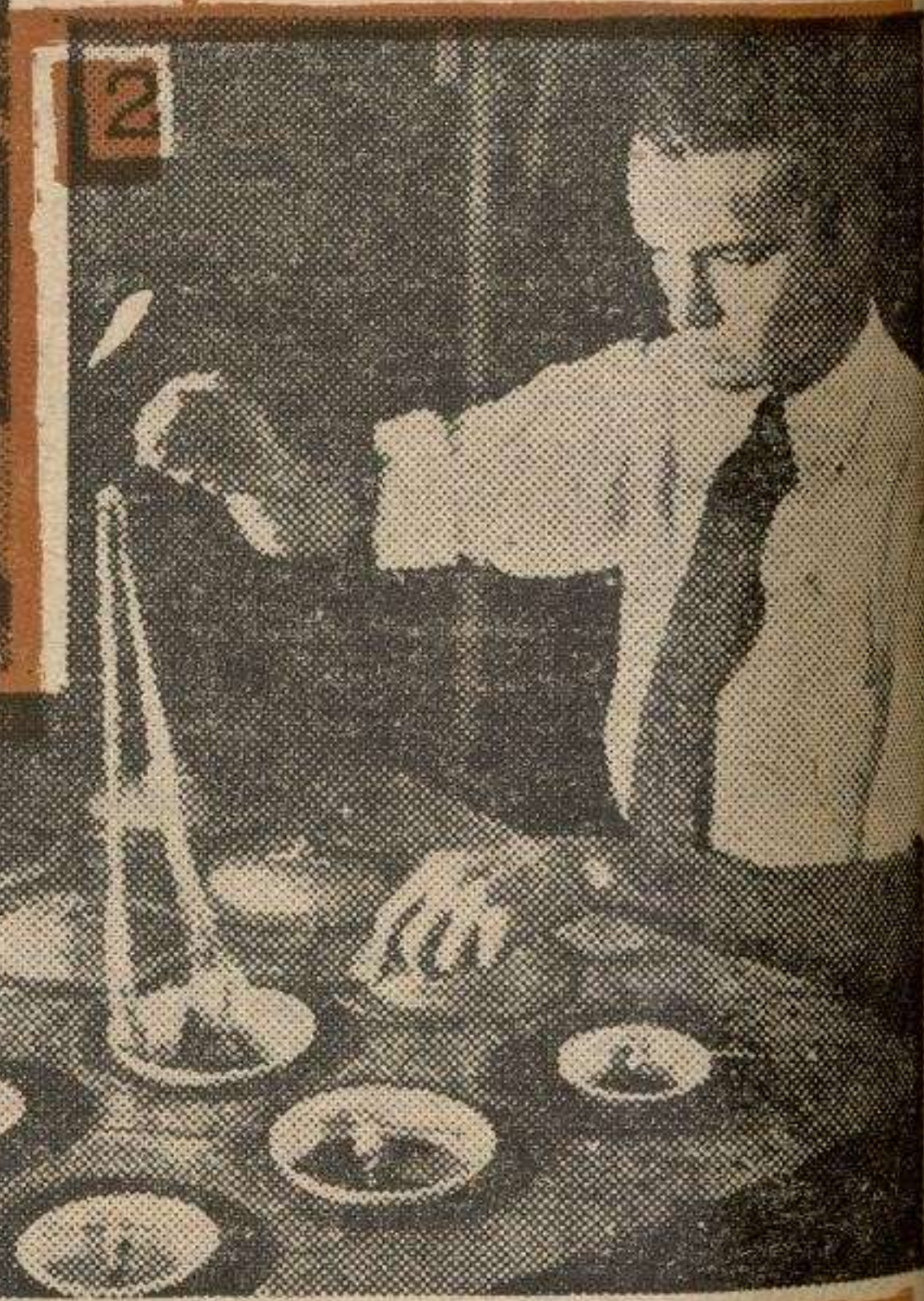
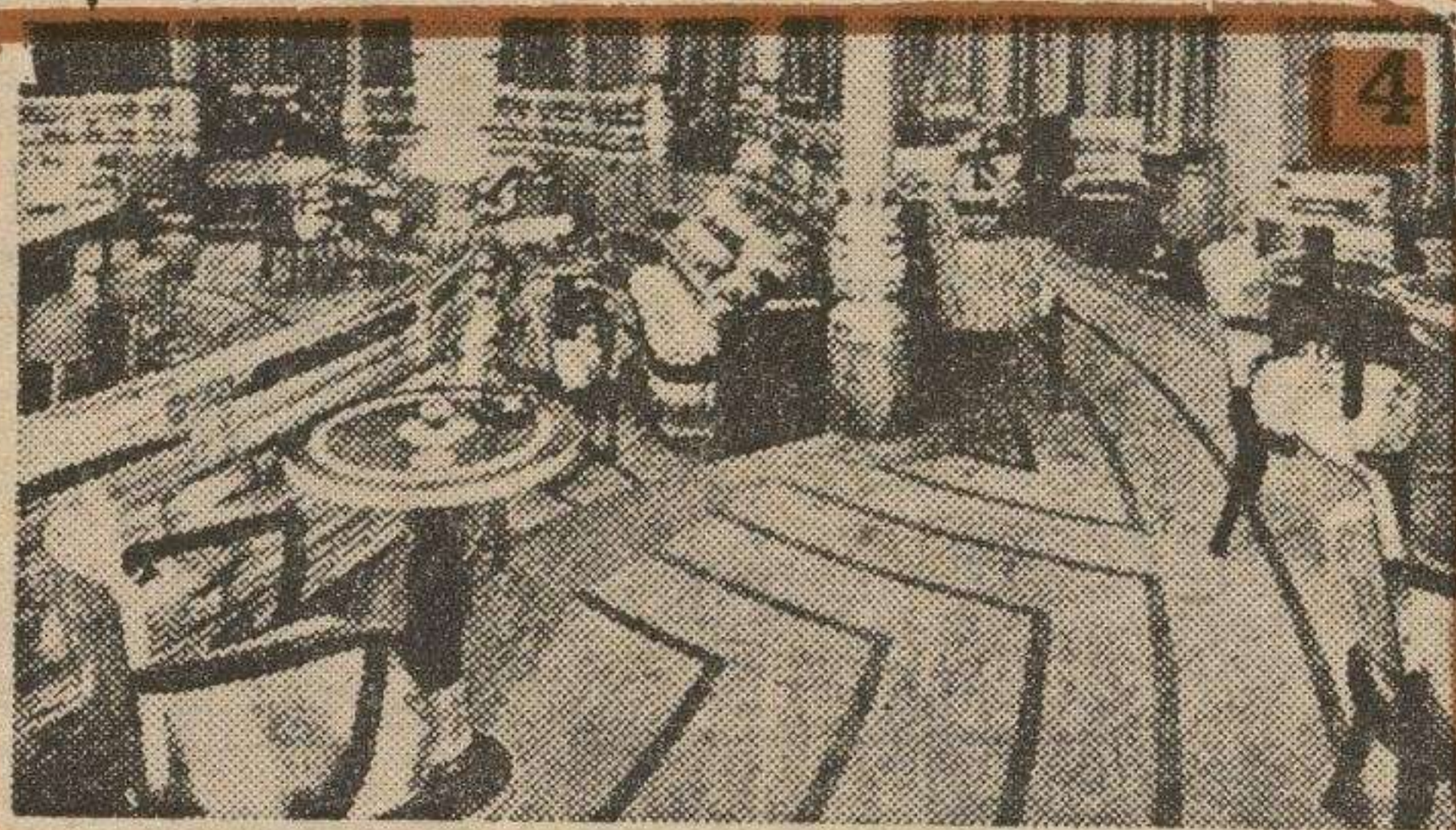
Y fueron estos, naturalmente, numerosos entre nosotros después de la lucha emancipadora, a la que dió Venezuela lo mejor de sus energías. En nuestro país las dirigencias dieron más a la independencia que en otros países suramericanos.

González, a pesar de su acometividad agresiva—los momentos se tocan—presentaba en muchos momentos los estigmas de una debilidad para la acción, casi enfermiza también. Sus iras se desataban oreadas de personalismos y esto restaba fuerza constructiva a su obra. Ambos, Acosta y González cumplen básicamente su labor de educadores dentro de las aulas, pero fuera de ellas luchan sin compensación para su medio, quizás demasiado intelectual y tímido en el momento.

Acosta exalta el progreso con fórmula de salvación para su patria, pero tuvo miedo de las novedades peligrosas, de los saltos bruscos, del afán de destruir—tan exuberante, desgraciadamente, en muchos momentos de nuestra historia—y aunque clamaba: «la vida es obra», su acción quedóse en la obra intelectual, en la misión docente. Como anota alguno de sus comentadores, su carácter estaba marcado más para la renuncia y el ensueño. Carecía de la energía necesaria a los orientadores de pucun. Era más bien un orientador de élites. Se debatía entre dudas y faltábale el empuje de los tempera-

Nuevas orientaciones para la CIENCIA

por el Dr. Julio Cantala



EL bar del famoso trasatlántico «Queen Mary» es un triunfo de las industrias plásticas. La «Formica», una sustancia parecida a la «bakelita», hace de aquella regia «cantina» un lugar indestructible ante la acción del fuego, del agua y de ciertos ácidos. Sentados alrededor de la magnífica «barra», los pasajeros y visitantes consumen fórmulas exóticas de alcoholes mezclados con jugos de frutas meridionales maduras a base de la «chimurgia». Nadie se da cuenta de que aquel lugar es una reunión de «esclavos de la química». Las copas, que un arqueólogo calificaría como «patterns» griegos, son de un cristal fabricado de celulosa. Las servilletas también de filástica vegetal, simulan hojas de plantas.

Merece estar en tal lugar, el profesor J. D. Bernal, uno de los componentes de ese grupo formado en Inglaterra por científicos tan eminentes como Hogben, Levy, Huxley, Blackett, y otros que sostienen en la Gran Bretaña un nuevo movimiento cuyas tendencias son el «independizar a la ciencia de la tiranía industrial», para colocarla bajo el control supremo del Gobierno.

Al contemplar el panorama que ofrece el bar del «Queen Mary», se invoca la última obra que hoy se lee en Nueva York. Su autor es el citado profesor Bernal, conocido por sus trabajos en cristalografía, y el título del libro es «The Social Function of Science» (Mac Millan, Ed.)...

En el libro se afirman conceptos interesantes en los que se aboga por sacar a la ciencia de ese plano pseudo aristocrático en el que hasta ahora ha vivido, para colocarla en una situación que la haga intervenir directamente en todos los problemas sociales. Porque según el revolucionario profesor Bernal, el químico, el biólogo, el médico, el físico y el matemático, han vivido hasta el presente en un mundo separado de la sociedad, encerrados en una especie de torre de marfil que ellos intentaban hacer inaccesible para las masas...

Sin comulgar por completo con las ideas del libro, aceptamos muchos de los conceptos que en él se advierten y que demuestran que si la «ciencia estuviera bien orientada», podría salvar muchos sufrimientos de los humanos. «Nuestro alimento—dice el autor—está compuesto a base de materiales que abundan en el agua, en el aire, en las rocas y en el carbón, a guisa de depósitos enormes que podrían alimentar a toda la población del Globo...» «No sabemos con certeza qué es la muerte y cómo se produce merced a la desintegración parcial de los elementos del cuerpo humano...; el día que conozcamos la manera de refrenar esa desintegración, podremos controlar en parte esos misterios de la mortalidad...»

¿Y por qué no se han conseguido resolver problemas al parecer tan elementales...? Según el autor porque la ciencia ha tomado caminos erróneos

En el libro se hace una revista magnífica del des-

1 y 2.—Dos aspectos de la fabricación del «rayón» o seda sintética. 3.—Un sombrero sintético hecho de una materia plástica derivada del carbón. 4.—El bar del «Queen Mary», adornado en «formica», una substancia resistente al fuego y al alcohol.

envolvimiento científico de los últimos tiempos: Después que la clase «mercantil» destruyó al feudalismo, el comercio floreció como jamás ha ocurrido en la Historia y en virtud del renacimiento de este poder, la Ciencia se convirtió en esclava. Una «tensión social» se ha promovido en virtud de esta fuerza comercial y el obrero del intelecto,—el abogado, el ingeniero, el matemático y el médico—se han visto obligados a supeditarse ante esa fuerza tiránica de los negocios. La ley de la Gravitación de Newton, fué aprovechada por los navegantes, las teorías de Watt sobre la máquina de vapor, finalizaron en las leyes termodinámicas que aprovechó la industria, y las mismas leyes del calor aplicadas a la química, dieron un rendimiento enorme a la química industrial...

¿Pero quién puede dar la receta para aliviar estos males...? El profesor Bernal, sintetiza su remedio en una acción amplia y libre de la ciencia, no sólo para pensar, sino también para actuar...

Habría que recordar al insigne maestro Bernal que en los países totalitarios, como Rusia, Alemania e Italia, la «filosofía del Estado», se coloca sobre todo y más, sobre la ciencia. Mussolini dijo un día que un físico o un biólogo debe de ser en primer lugar un buen fascista y después un científico. En Rusia han ocurrido fenómenos que no hablan muy en favor de las teorías de Bernal, como por ejemplo aquel debate ocurrido en el año 1936, por el cual fué expulsado de su puesto el Dr. G. Levit, Jefe del Instituto Médico-Genético, sencillamente porque este investigador creía en la herencia fatal de las enfermedades. Lo mismo ocurrió a Prensnyakow al comulgar con las teorías raciales, e Ignatiev pasó ratos muy amargos porque sus experimentos con animales de la misma especie, le llevaron a conclusiones «antirevolucionarias»...

Sin embargo, no cabe duda que una orientación controlada por el Gobierno de ciertos problemas científicos, es la única manera de resolverlos de manera definitiva y económica. El día 20 de junio ante las reuniones de la «American Society for the Advancement of Science» realizadas en Milwaukee, el Dr. Víctor Heiser de la «Rockefeller Foundation» presentó un trabajo cuya síntesis reza: «La Nación que pueda controlar el consumo de alimentos con arreglo a ciertos principios, no sólo podrán obtener una población humana con condiciones físicas más perfectas, sino que llegará a colocar el alimento a un precio ínfimo...»

El Dr. Heiser no lanzó una teoría especulativa, sino que presentó los trabajos hechos en la India con los cuales se han estudiado miles y miles de individuos

y sus diferentes enfermedades ocasionadas por la dieta. Al mismo tiempo, estas dietas humanas han sido ensayadas en los animales y las conclusiones de este investigador no pueden ser más definitivas. La deficiencia alimenticia en los humanos produce un determinado grupo de enfermedades que se extienden desde la úlcera del estómago, hasta la «avitaminosis». Tales trastornos, se han obtenido experimentalmente en los animales-control alimentados con las mismas líneas dietarias que en el hombre. Quiere decir que al conocer la deficiencia alimenticia de una raza, de una nación o de un grupo humano, fácil es arreglarla por medio de la intervención directa del Estado que ponga de manera dictatorial un grupo de alimentos

Al repasar con más detalle las páginas de la magnífica obra del Dr. Bernal, se siente como si surgiera algo de crítica dura hacia la industria y el comercio. Cierta que la «frialdad» y crueldad materialista de los negocios, algo han influenciado a la investigación científica, pero no se puede negar que durante los últimos 25 años, la especulación comercial ha llegado a su máximo y la producción industrial a su cenit, la ciencia ha producido el avance filosófico-científico más sorprendente. Durante este tiempo, se han cambiado los conceptos del tiempo y del espacio. Las matemáticas euclidianas han iniciado su ocaso. La física ha invadido los terrenos de la química, de la biología, de la astronomía y hasta la medicina... No sabemos si el electrón es una partícula mínima que gira alrededor del núcleo atómico o si es el total de todo el Universo. La enfermedad ha entrado en este terreno y hoy ya se habla de las vibraciones del protoplasma celular que dan un tipo eléctrico especial a cada dolencia. Esta «revolución» metafísica, ha llegado hasta hacer suponer que el cáncer es un fenómeno de naturaleza eléctrica en el cual los elementos «negativos» mandan sobre los «positivos» y así surgen nuevos tipos de células... Y hasta en las infecciones se ha visto que hay «estreptococos» (microbios de pus) que se reproducen con más facilidad en ciertos campos eléctricos...

Naturalmente al contemplar lo que es el bar del «Queen Mary», un hombre de sentir aristotélico, siente un poco de repugnancia por el dominio de la química industrial sobre los hombres, pero detrás de estos «inventos» de carácter teatral están las leyes que los rigen y de las cuales el público no se entera...

NUEVO PLAN PARA LOS SORTEOS DE LA LOTERIA NACIONAL

TODOS LOS MIERCOLES

UN PRIMER PREMIO MAYOR	\$ 70,000.00
UN SEGUNDO PREMIO MAYOR	" 10,000.00
UN TERCER PREMIO MAYOR	" 5,000.00
10 PREMIOS DE \$ 500.00	
20 PREMIOS DE " 100.00	

PREMIO A LOS TRES TERMINALES DE LOS TRES PREMIOS MAYORES

TODO BILLETE CUYAS TRES ULTIMAS CIFRAS SEAN IGUALES AL

Primer Premio	el billete entero ganará	\$1,500.00
	la hoja	\$ 150.00
	la fracción	\$ 15.00
Segundo Premio	el billete entero ganará	\$ 500.00
	la hoja	\$ 50.00
	la fracción	\$ 5.00
Tercer Premio	el billete entero ganará	\$ 200.00
	la hoja	\$ 20.00
	la fracción	\$ 2.00

A D E M A S:

1,029 PREMIOS DE \$60.00

99 premios de \$60.00 a la centena de cada uno de los tres premios mayores. Aproximaciones anterior y posterior a los tres premios mayores.

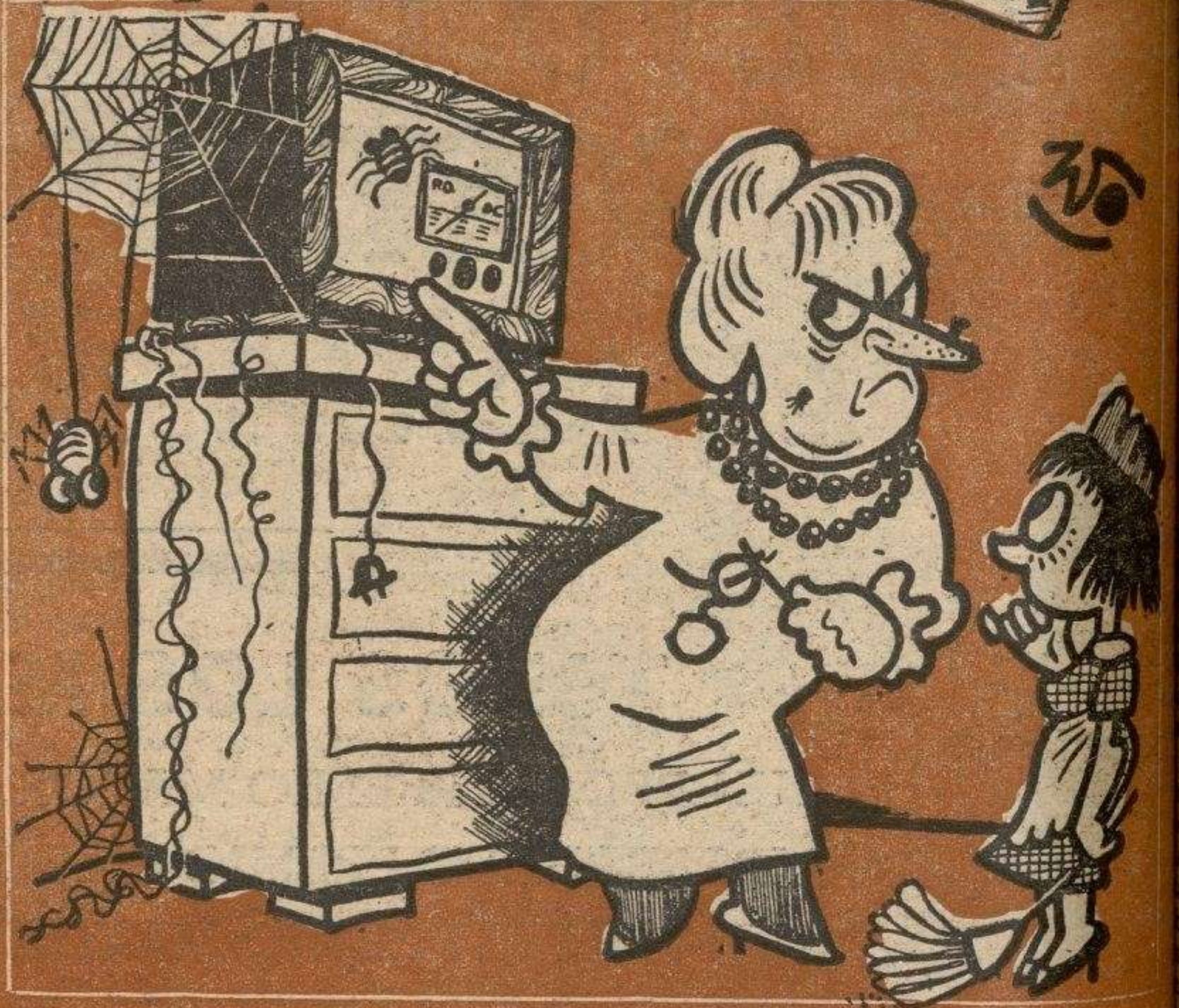
A REPARTIR \$212,800.00 EN PREMIOS
AHORA MAS OPORTUNIDADES QUE NUNCA

LA VUELTA AL

MUNDO del BUEN HUMOR



—Mira cómo se parecen esos viejos.
—¡Tal vez son mellizos!
—¡A esa edad!
(Marianne, Paris).



TELA DE ARANA:
—¿Y llama usted hacer la limpieza a esto?
—Ah, señora: creía que eso pertenecía al aparato.
(Regards, Paris)



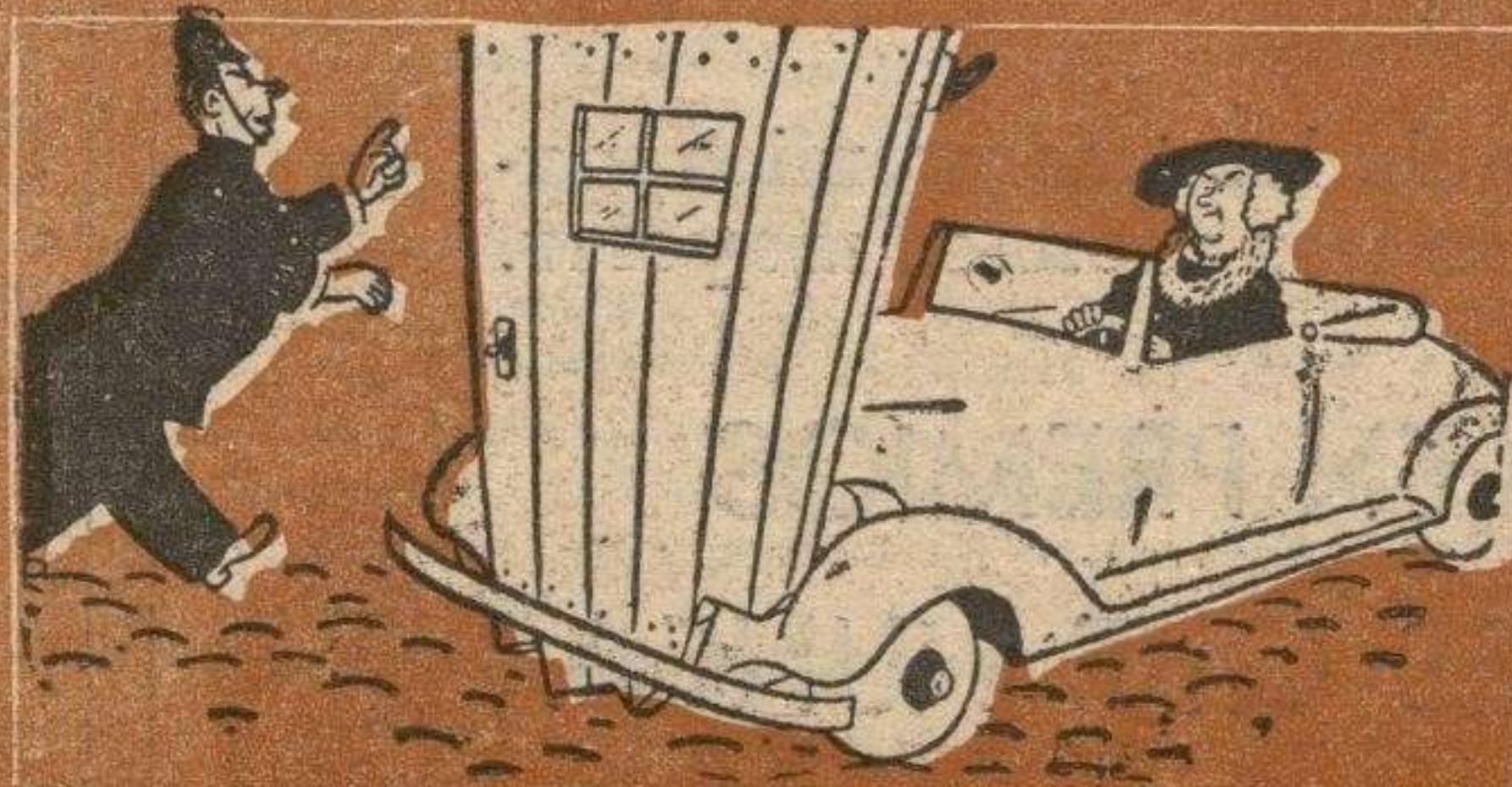
UN OPTIMISTA:
—Siempre fué rebelde mi cabello.
(Vu, Paris)



—Ha alquilado la garita por días: su mujer fué a comprarse un sombrero.—(The Humorist, Londres).



—¿La señora me permitirá que me visite el novio?
—¿Quién es su novio?
—Aun no lo sé. Soy nueva en este barrio.
(The Happy Magazine, Londres)



—No, señora: no es un camión: es la puerta de su garaje.



RAZON CATEGORICA:
—¿Puede decirme por qué siempre la encuentro leyendo novelas?
—Pues... porque la señora lleva suelas de goma.
(Mucha Variedad)